

La Esfera

Año IX Núm. 446

Precio: Una peseta



TEN
BIBLI
MAB

(c) Ministerio de FLORECITA, cuadro de Juan Cardona, que ha figurado en la Exposición Nacional de Bellas Artes

EN TODA FAMILIA

falta algo muy importante si faltan nuestros DISCOS. Teniéndolos, combatiréis el tedio, recrearéis el espíritu y bailaréis, si llega el caso, mejor que con una orquesta. Nada como lo buena música para alegrar la vida. **NOSOTROS, DESEANDO FACILITAR SU ADQUISICIÓN, VENDEMOS A PLAZOS Y CON LOS MISMOS PRECIOS DE CONTADO**

EN TODA ESPAÑA

LOS APARATOS Y DISCOS **ODEON, FONOTIPIA y FADAS** de cuyos Catálogos puede usted elegir libremente cuanto sea de su gusto.



Solicite usted nuestros Catálogos de Aparatos y Discos y condiciones de las VENTAS A PLAZOS, dirigiéndose a

«FADAS»-Pelíeros, 14 y 16, MADRID

CONSERVAS TREVIJANO LOGROÑO

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.



Para toda la publicidad extranjera en "La Esfera" y "Mundo Gráfico", dirigirse á la Agencia Havas. Paris: 62, rue de Richelieu. Londres: 6, Bream's Buildings, Chancery Lane. London. E. C. 4.

EVITA LA CAIDA DEL PELO
LE DA FUERZA Y VIGOR

ALCOHOLATO
ABRÓTANO MACHO

Carmen, 10, ALCOHOLERA, Madrid



Intimidad y personalismo de las instantáneas

Kodak

Al contemplar una vista en una tarjeta postal, podrá pensarse: «Ahí pasé las vacaciones»; mas al examinar una fotografía Kodak, se puede exclamar: «Así pasé mis vacaciones».

Las postales reproducen el lugar donde se veranea, mas no el veraneo mismo. En las fotografías Kodak, por el contrario, no hay ni un solo detalle que no traiga a la memoria algún grato recuerdo de vacaciones.

Los retratos Kodak son siempre personales. Empiezan por ser obra de uno mismo, y cuando al cabo de los años se contemplan, reverdecen en la memoria todos los incidentes triviales o no de aquellos días.

Si la felicidad del próximo veraneo ha de durar siempre, es necesario llevar un Kodak, pues vacaciones sin Kodak son vacaciones perdidas.

Para no perder el veraneo de este año llévase a el un Kodak.



Téngase presente que el manejo del Kodak se puede aprender en media hora.

Hay Kodaks para todos los bolsillos en precio y tamaño.

Pida usted Catálogo ilustrado en casa de cualquier revendedor de artículos fotográficos, o a

KODAK, S. A.

MADRID:

PUERTA DEL SOL, 4:
GRAN VÍA, 23.

BARCELONA:

FERNANDO, 3.
PASEO DE GRACIA, 22.

Vacaciones sin Kodak son vacaciones perdidas.

LA TIERRA DE TODOS

NOVELA INÉDITA

DE

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

ILUSTRACIONES DE FEDERICO RIBAS

(CONTINUACIÓN)

IX

—Usted, don Roque, conoce muchas cosas; pero en esto de las banderas yo sé mejor con qué bueyes aro. Primeramente hay que colocar la bandera argentina, más alta que todas. Luego, á su derecha, la de España. ¡Que nadie me lo discuta! En esta tierra, después de los argentinos, somos nosotros. Ya sabe usted...: Isabel la Católica..., Solís..., don Pedro de Mendoza..., don Juan de Garay.

Iba lanzando nombres de navegantes y descubridores, á su capricho, mientras examinaba desde abajo el orden en que su camarero italiano colocaba las banderas.

—Ya estaba puesta la de la Argentina, y á su derecha, bien clavada, la de España?... ¡Muy bien!...

—Ahora, Friterini, «mío caro», ve colocando banderas á tu gusto..., ¡á lo que salga!, pues todos somos iguales, y esta es «la tierra de todos», como dice don Manuel.

En verano las moscas invadían en proporciones inauditas el interior algo lóbrego del boliche, huyendo de la atmósfera ardorosa de una tierra siempre sedienta. De noche, la luz rojiza de los quinqués mantenía en agresivo insomnio á estas nubes de insectos. Eran moscas lentas, tenaces, de una torpeza pegajosa. Caían en los platos y en los vasos; nadaban en las salsas y las bebidas alcohólicas. Al abrirse las bocas, se metían inmediatamente en sus cavidades; cosquilleaban las orejas, se introducían por los orificios de las narices. Toda cuchara, al ir del plato á los labios, veía inmediatamente, en tan corto viaje, posarse sobre sus bordes algunas de estas intrusas, que se estiraban, alargando las patas y agitando las alas.

Se dejaban matar; pero eran tantas, ¡tantas!, que los hombres desistían de atacarlas, transigiendo con ellas por cansancio, y únicamente las repelían con el aliento ó escupiéndolas cuando se colaban en su boca y sus narices.

Otros parásitos asaltaban igualmente las viviendas de este pueblo, perdido en la soledad. En el boliche, por ser mayor la concurrencia, parecían más numerosas las plagas. Del techo y las paredes de madera se desprendían insectos sanguinarios sobre las curtiduras epidérmicas, para perforarlas y chupar su jugo. Otras veces surgían del suelo, remontándose por las gruesas botas.

En invierno, el boliche, por estar con las puertas cerradas, conservaba una atmósfera densa de humo de tabaco, que olía á ginebra, á vino agrio, á ropa mojada y á cuero de zapato. El criterio más absurdo, falto completamente de economía y de lógica, parecía guiar la marcha comercial del establecimiento. Apenas había sillas en él. Los guitarristas colocaban sus posaderas en cráneos de caballo; una parte del público se dejaba caer en el suelo al sentir cansancio, y al mismo tiempo en la anaquelera, detrás del mostrador, se renovaban todas las semanas las filas de botellas de champaña.

Cuando los jornaleros cobraban su quincena, «el Gallego» tenía que atender á las más disparatadas orgías. Los que, faltos de familia, podían gastar todo el dinero ganado en su propia persona, imaginaban banquetes babilónicos, pidiendo latas de sardinas de España para remojárselas con varias botellas de Pomery-Greno. Muchas veces escaseaba el pan en la Presa; pero el parroquiano obligado á comer galleta dura conocía el gusto del *foie-gras* y cuánto cuesta una botella de Mötet-Chandon. En las noches transcurridas entre dos pagas, eran el whisky y la ginebra los que apagaban la sed silenciosa de unos y daban nuevas fuerzas á otros para seguir hablando.

El principal tema de conversación era adivinar cuándo se detendría el tren en la Presa, regularmente. Las locomotoras sólo hacían alto allí, cuando descargaban maquinaria para las obras del río.

A los del campamento les parecía una injusticia que pasasen los vagones de largo hasta la estación de Fuerte Sarmiento, con el pretexto de que aún no habían terminado las obras en el río, ni las tierras inmediatas estaban regadas, sin lo cual era imposible su colonización.

En el viejo mundo se creaban al principio las poblaciones, y después se construían para ellas los ferrocarriles. En esta tierra nueva ocurría lo contrario. Primeramente se habían tendido los rieles á través del desierto; después, de cincuenta en cincuenta kilómetros, se creaba una estación, formándose un pueblo en torno á ella.

—¿Por qué no ha de existir una estación aquí, en la Presa, donde vivimos cerca de mil personas? —clamaba Antonio González, el dueño del boliche—En cambio el tren se detiene en muchos sitios donde sólo hay un caballo atado á un poste, para llevarse la correspondencia. Debíamos enviar una comisión á Buenos Aires.

Mientras tanto, los concurrentes se limitaban á hacer suposiciones sobre la fecha en que el tren empezaría á detenerse allí con regularidad, apostando cajones de botellas de champaña á favor de un mes ó de otro.

Ciertos grupos conversaban aparte, sin sentirse atraídos por el baile ni por las mujeres agregadas al establecimiento del Gallego, en el que se vendían lo mismo el alcohol y el amor. Iban hablando con arreglo á sus gustos y á los azares de su profesión.

Los roturadores de tierras mencionaban el alpataco, odioso arbusto del país que yergue sobre el suelo una cabellera vegetal de escasa altura, y en cambio avanza sus raíces hasta una distancia de treinta metros. Su madera era dura como el hierro y hacía rebotar las hachas, rompiéndolas muchas veces. Uno de estos arbustos exigía varios hombres y un día entero para ser arrancado; y cuando los roturadores á destajo lo encontraban, prorrumpían en lamentaciones y juramentos.

El camarero apodado «Friterini», joven pálido, de cabellera echada atrás, ojos de fiebre y brazos arremangados, cuando dejaba de servir á los concurrentes iba á una mesa ocupada por varios trabajadores españoles, á los que describía la hermosura de su ciudad natal, en un lenguaje de italiano llegado dos años antes al país.

—Yo non dico que Brescia sia una grande citá: questo no; ma cuando llega la noche los cóvenes salen con mandolinos á hacer serenatas, y cada uno tiene su amor... Algo más hermoso que aquí... ¡Ah, Brescia!...

El Gallego, acodado en el mostrador, escuchaba á los parroquianos más viejos, jinetes del país que habían cabalgado en todas direcciones, de los Andes al Atlántico y del río Colorado al Estrecho de Magallanes, acompañando á compradores de «hacienda» ó explorando el país, para descubrir aguadas y nuevos pastos. Su paciencia desafiaba al tiempo apreciando las semanas y los meses de viaje, como si fuesen simples días.

Uno de ellos gustaba de relatar su última excursión por las estribaciones de los Andes del Sur, explorando los lagos más solitarios. En este viaje había servido de guía ó «baquiano» á un sabio de Europa, recomendado por otro sabio al que prestó el mismo servicio veinte años antes. Durante la primera expedición, fueron encontrando restos de animales monstruosos pertenecientes á los períodos prehistóricos; esqueletos gigantes que eran etiquetados y encajonados para que los reconstituyesen después en los museos del viejo mundo.

El último viaje había sido más original. Este segundo sabio buscaba los animales de la época prehistórica, pero vivos. Entre los escasos habitantes acampados al pie de la Cordillera, se heredaba la convicción de que existen aún en ciertos lugares del desierto patagónico bestias enormes y de

formas nunca vistas, últimos vestigios de la fauna que surgió al principiar la vida en el planeta.

Algunos juraban sinceramente haber visto de muy lejos al plesiosaurio, hundiéndose en el muerto cristal de los lagos andinos ó pastando en la vegetación de sus riberas. Pero veían esto al anochecer, cuando la Cordillera extendía su inmensa sombra violeta sobre la llanura. Los incrédulos afirmaban que la tal visión surgía siempre cuando el observador regresaba de algún boliche lejísimo, llevando muchas copas en el cuerpo.

El viejo «baquiano», después de exponer el pro y el contra del asunto, terminaba así:

—En un año no tropezamos con ninguno de esos animales, y fuimos de lago en lago, desde el Nahuel-Huapi hasta cerca de Magallanes. Pero yo he visto con mis ojos huellas en la tierra más grandes que patas de elefante, que nos enseñaban las gentes del país. He visto también, junto á un lago, unos montones de excremento seco tan altos como mi persona, que no podían ser de ningún animal conocido... Y mi sabio callaba cuando yo le hacía preguntas, como un hombre que no se decide ni por unos ni por otros. ¿Quién sabe lo que hubiéramos visto si seguimos allá más tiempo! Tal vez cuando aumente la gente en aquellos pagos será descubierta alguna de esas bestias solitarias.

El dueño del boliche gustaba también de hacer preguntas á sus parroquianos más viejos sobre ciertos hombres misteriosos, que habían pasado por esta tierra años antes, cuando acababan de ser expulsados los indios y se iniciaba la colonización. Eran personajes de vida novelesca, nacidos en palacios reales, y que á semejanza de muchos santos que abandonaron la casa rica de sus padres para sufrir privaciones, renunciaban á todas las comodidades de su origen, despojándose de su nombre para ser un vagabundo más y conocer el áspero placer de la libertad salvaje. El nombre de Juan Ort lo repetían familiarmente los habitantes más antiguos del territorio.

Había leído el Gallego su historia en libros y periódicos. Este Juan Ort era un archiduque de Austria que abandonaba su alto grado en la marina de guerra y sus honores en la Corte, bajo la influencia de una misantropía poética y vagabunda, hereditaria en su familia. Luego de renunciar al título de archiduque, para llamarse simplemente Juan Ort, corría los mares en un lujoso yate, acompañado de hermosas mujeres y de músicos.

Un día circulaba la noticia de que el buque se había perdido con todos sus tripulantes en el Cabo de Hornos, al pasar de una costa á otra de la América del Sur. Pero Juan Ort no había muerto; esto naufragio, fingido ó real, iba á servirle para descender todavía á través de las capas sociales, conviviendo con los que estaban en lo más hondo.

—Yo lo conocí—decía otro viejo de la Presa—. Era ni más ni menos que vos ó que yo: un hombre como todos los que llegan con su lingera al hombre en busca de trabajo. Este gringo, alto y rubio, siempre estaba serio y bebía á solas. A nadie dijo que se llamaba Juan Ort, pero todos lo sabíamos. Además, llevaba en su lingera un vaso de plata con unos escudos de su familia real, y le gustaba beber en él cuando estaba en su ranchito, porque era el vaso de cuando iba á la escuela.

Un día este vagabundo había desaparecido. Algunos lo supusieron oculto en los peores barrios de Buenos Aires; otros aseguraban haberlo encontrado de fotógrafo en Paysandú. Nadie sabía dónde había muerto.

—¡Macanas!—decían los incrédulos, al escuchar tales relatos—Todos los gringos que vienen por acá y no quieren trabajar, la echan de Juan Ort para que les admiren los zonzos.

Pero González, lector incansable de novelas en varios tomos, creía en Juan Ort y otros personajes igualmente interesantes que venían á acabar

(Continúa en la página B)

UNA INICIATIVA DE «LA ESFERA»

LAS RELACIONES IBEROAMERICANAS

ACTUALMENTE preparamos y en el otoño venidero iniciaremos una labor de alcance internacional á que nos proponemos dedicar un esfuerzo generoso y que creemos haber enfocado por un prisma vastísimo.

Nadie con mayor motivo que el espíritu de las publicaciones de Prensa Gráfica ha debido mostrarse dócil á las evoluciones de ideas y actitudes aclimatadas ya en nuestro medio ambiente, y que en determinados casos pudieran no resultar tan pródigas en bien común como se las desea; pero que absolutamente en caso alguno pueden producir efectos negativos. Aludimos al tema sobadísimo de las relaciones iberoamericanas en que pueden y deben cimentarse ideales de progreso positivo de nuestra raza, según el pensamiento de espíritus esclarecidos que son hace años legión en uno y otro lado del Atlántico.

Sin embargo de nuestra sincera modestia, nos juzgamos del todo desautorizados para entrar en ese campo de lucha cívica con armas viejas y el espíritu de emulación que nos anima, activo en apariencia, pero que en realidad es sólo decoroso, nos ha inducido á tratar de terciar en la noble contienda, si no con una bella novedad, con la esperanza de una eficacia que nosotros juzgamos trascendente. Nuestro plan está condensado en lo siguiente: Abrimos en LA ESFERA una sección exclusivamente dedicada á la colaboración de las más prominentes figuras intelectuales de toda América, incluso del Canadá y de los Estados Unidos. Los más conocidos pensadores americanos tendrán en LA ESFERA una tribuna que será propia, y allí externarán su pensamiento, no sólo en nuestro medio español, sino en todo el Continente americano, porque nosotros nos proponemos fomentar desde el primer momento en la mayor escala posible y por medios eficaces la afición por la revista que esa misma labor ha de ir creando entre los intelectuales de todos aquellos pueblos.

En su oportunidad abriremos encuestas sobre temas y cuestiones de interés continental, cuyo alcance y consecuencias ignoramos aquí, y de cuya solución depende ó puede depender la pérdida definitiva de intereses espirituales de España y de la raza, que sólo á España y á la raza debieran competir salvar por su propio decoro y por su bien. Serán objeto de tales encuestas asuntos palpitantes como los siguientes:

«La Doctrina de Monroe», que limita y aun destruye la independencia de los países iberoamericanos.

«La Cuestión del Pacífico»; es decir: las graves diferencias existentes entre las Repúblicas de Chile, Perú y Bolivia.

«La Cuestión Amazónica», ó sean las existentes entre el Perú, Ecuador y Colombia.

«La Necesidad de que se adjudique pacíficamente una salida al mar de la República de Bolivia», necesidad en cuya satisfacción acaso tenga que intervenir el voto de la humanidad.

«El desarme ó internacionalización del Canal de Panamá» á que deberá llegarse por iniciativa de sus actuales propietarios ó mediante presión ejercida por la humanidad, si al fin se aclimatan en el mundo las ideas y las tendencias pacifistas que hasta ahora constituyen el único resultado positivo de la gran guerra.

«El «Estatus» de la isla de Puerto Rico», cuyo pueblo tiene por lo menos los mismos derechos que se han reconocido universalmente á otros pueblos de cultura intelectual y desarrollo económico inferiores á los del pueblo portorriqueño.

«Base jurídica de instrumentos internacionales como la Enmienda Platt», que obliga á la República de Cuba á perpetuidad á determinada dependencia de los Estados Unidos, como compensación á servicios limitados, en virtud de los cuales se ha comprometido el porvenir de todas las generaciones futuras del pueblo cubano.

«Las antiguas querrelas entre las Repúblicas del Paraguay y Bolivia, entre la Dominicana y la de Haití, entre la de Costa Rica y Panamá, entre la de Venezuela y la de Colombia.»

«La soberanía de las Repúblicas del Mar Caribe.»

«El sistema de «Trusts» en los Estados Unidos, su influencia en la vida del país y males reflejos y directos de tal sistema sentidos en el resto de América.»

«Los problemas de la raza negra en los Estados Unidos», que al amenazar la futura normalidad en aquel vasto país, amenaza grandes intereses del resto de América y del mundo.

«Federación moral de los países de origen español», propósito que apoyan razones de índole diversa, de fuerza moral incontrastable.

«Fusión de los Estados Unidos y Canadá», á que seguramente se llegará sin violencia para nadie por influjo de razones de simple lógica.

«Medios de obtener algún acuerdo firme que regularice definitivamente las relaciones pacíficas entre México y los Estados Unidos.»

«La apertura del Canal interoceánico de Nicaragua», y otras cuestiones interesantes de la vida americana, de las cuales debemos estar aquí bien enterados y á todas las cuales está tan efectivamente vinculada España, que tal vez no exista una sola de esas cuestiones que se la pueda estudiar á fondo sin el auxilio de nuestros archivos.

No se conoce en España ni siquiera de un modo relativo el movimiento cultural de aquella constelación de Estados, algunos de los cuales hablan lengua distinta de la nuestra, ni puede prejuzgarse la eficacia incontrastable en beneficio del bienestar común, esto es, inspirada en fines de cultura y de fraternidad, en que habría de resolverse la solidaridad espiritual de todos ellos con la nación descubridora, y entendemos que el primer elemento requerido por la conquista de esa solidaridad es el conocimiento de los problemas americanos por parte de nuestros hombres estudiosos.

Reducirase por ahora nuestro empeño á la publicación semanal sistemática en LA ESFERA de trabajos de los hombres intelectuales más ilustres de cada uno de aquellos países, y á un libro trimestral, impreso en papel corriente, para que pueda difundirse mucho, que contendrá todos los artículos publicados en tal tiempo en aquella sección.

Con este libro perseguimos la doble finalidad de librar el trabajo de los pensadores y estadistas de América que nos secunden de la efímera vida de las publicaciones volanderas y á retenerlos en la biblioteca de los hombres estudiosos y de los centros intelectuales del mundo.

A ellos mismos someteremos el estudio y la exposición de los grandes problemas americanos pendientes de solución, de modo que sean ellos mismos quienes edifiquen é ilustren el resto de la humanidad por medio de los dos órganos que ponemos á su alcance, la revista y el libro, en cuestiones trascendentales cuya solución pacífica interesa aún á pueblos lejanos, en apariencia completamente ajenos á esos problemas; pero, en realidad, á ellos vinculados por grandes intereses.

Con esta labor no sólo intentamos que desde LA ESFERA se instruya sobre estos problemas á los hombres estudiosos de España, sino asimismo á los de América. Al amparo de razones fundamentales, existe en muchos de tales pueblos una gran ignorancia de las cuestiones vitales de los demás, ignorancia justificada en cierto modo por las enormes distancias que en muchos casos los separa y el todavía relativo desarrollo de empresas editoriales que multipliquen allí la difusión del libro.

Mediante el auxilio imprescindible de las grandes figuras intelectuales americanas cuyo patriotismo hemos invocado, probablemente desde principios de Octubre venidero iniciaremos la labor que nos permitirá ampliar los horizontes de la orientación iberoamericana desde las páginas de LA ESFERA.

Nuestro propósito es del todo generoso y lo abrazamos con entusiasmo, en la seguridad de que si, como lo esperamos, aquellos grandes hombres corresponden á las solicitudes que por nuestro medio les hacen las circunstancias del actual momento histórico, dentro de breves años se reconocerá que hemos realizado acaso la obra iberoamericana más fecunda.

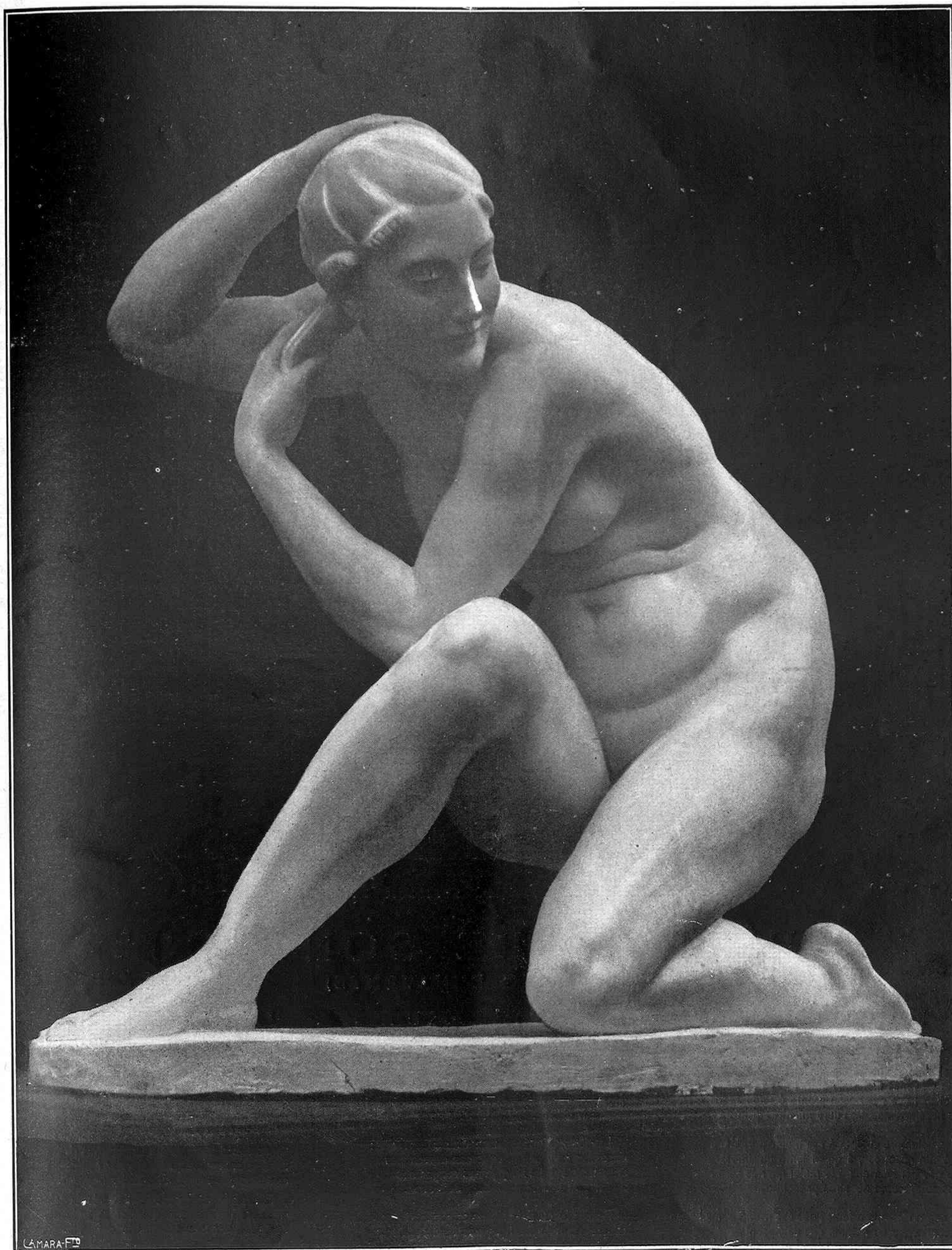
La Esfera

Año IX.-Núm. 446

Madrid, 22 Julio 1922

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

DIRECTOR: FRANCISCO VERDUGO

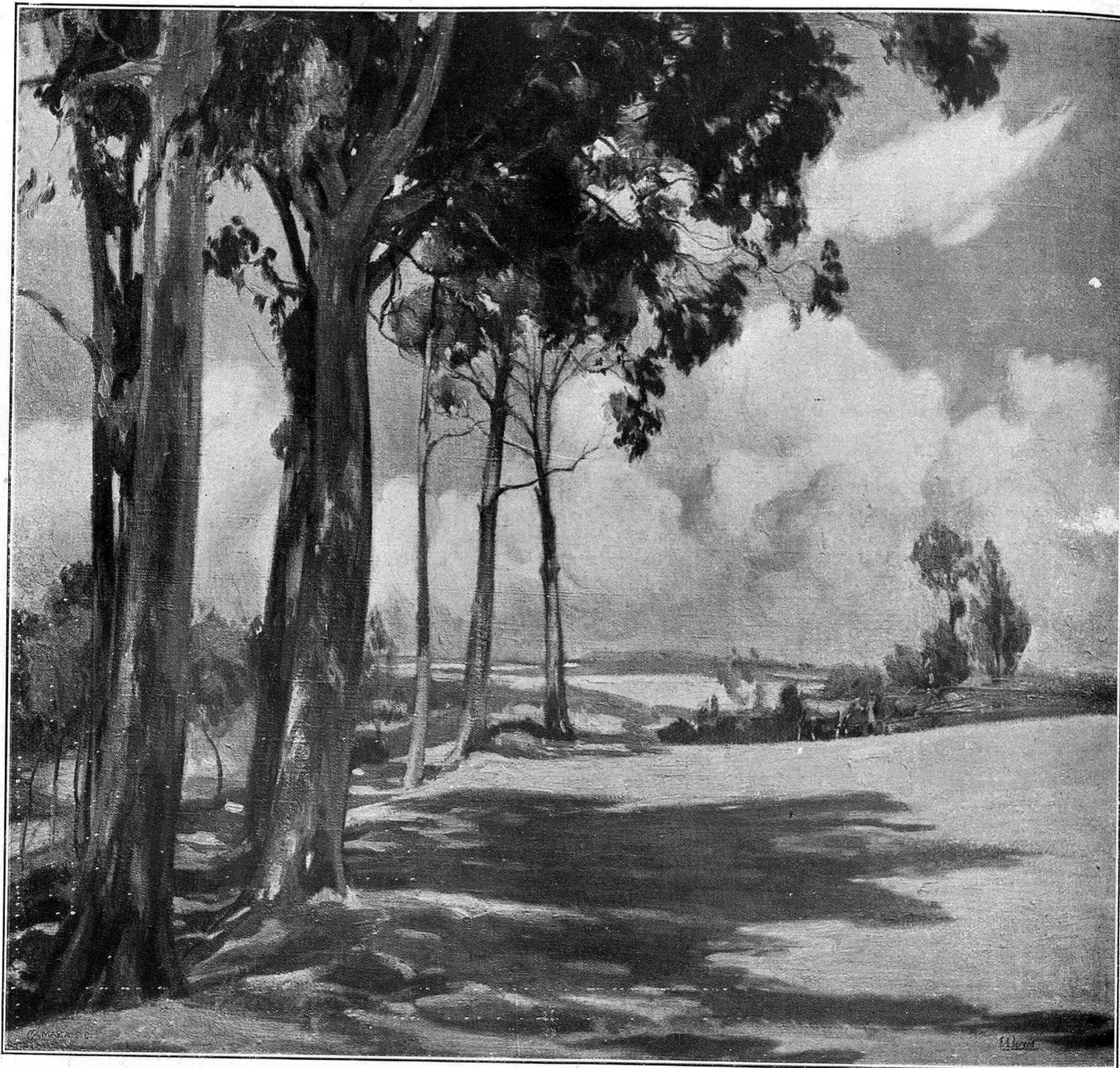


BAÑISTA

Escultura original de Juan Adsuara

FOT. ZÁRRAGA

CÁMARA FOT



«Paisaje», cuadro original de Francisco Llorens

TRÍPTICO DE SONETOS

(A JACINTO BENAVENTE)

EL MAL QUE NOS HACEN

«El mal que hacemos es más triste que el mal que nos hacen.»

El mal que hacemos á alguien al cruzar por la vida, dura más y es más triste que el mal que recibimos; porque el mal que nos hacen pronto ó tarde se olvida, y el que hacemos nosotros dura mientras vivimos.

Perdona siempre el alma á esa mujer perdida que jugó con nosotros y á quien tanto quisimos; pero no nos perdona que á la mujer querida hagamos sufrir como nosotros padecemos.

Y es que no comprendemos que ese mal que nos hacen sin merecerlo, y esos dolores que deshacen nuestra alma en cruel venganza de lo que otros sufrieron,

y ese mal que causamos á quien no lo merece, ese mal que desgarrá, ese mal que enloquece ¡jes siempre la venganza del mal que otros hicieron!!

LA LOSA DE LOS SUEÑOS

«Es la vida la losa de los sueños.»

Lo más cruel de la vida es que cuando soñamos con todos los amores y todas las venturas, llega un momento horrible en que nos espantamos viendo el Destino frágil de todas las criaturas.

La gloria, la fortuna, todo cuanto esperamos encontrar en la tierra, se tornan desventuras, añoranzas, suspiros... y ya nos resignamos á vivir esta vida de escarnio y de locuras.

Porque lo cruel de ella no es que lo niegue todo; es que promete mu ho, y nos llena de lodo...; es que le roba al alma sus más dulces ensueños...

Y de aquella existencia dulce, azul y dorada que soñamos de niños, ya no nos queda nada... ¡Porque la vida es sólo la losa de los sueños!...

LA PROPIA ESTIMACIÓN

«Han pasado los años, ha pasado la vida...»

Han pasado los años, ha pasado la vida, y ya han muerto en nosotros todas las ilusiones...; y del jardín secreto del alma dolorida sólo se escapa un eco de dulces oraciones.

Ya ni el amor ni el odio, lo que nunca se olvida, tienen fuerza bastante á alzar nuestras pasiones... El alma sube y sube... hasta estar confundida con Dios y lo divino, en soñadas regiones.

El alma ha comprendido, después de sufrir tanto, que sólo hay una cosa que merece su llanto, una cosa que vale más que toda ilusión...

Lo único que es capaz de salvar los abismos del Dolor... y que vale más que nosotros mismos... ¡El sólo Ideal que salva! ¡¡La propia estimación!!

Antonio GUARDIOLA

tranvía, súbito mandaba parar porque creía haber visto entre unas piedras algo así como la presentida cartera, dando por bien empleadas las dos horas de camino que este celo le ocasionaba á tener el eterno remordimiento de que «aquello» que vió pudiera ser una fortuna...

ooo

Un día, después de dormitar reclinado en la mesa de un cafetín, despertóse Pepe Jesús con más alegría que de costumbre. ¡Ah, la corazonada! Seguramente esa señora incógnita que llaman Suerte le depararía un encuentro feliz.

Y plétórico de un entusiasmo fervoroso, dióse á deambular por calles y plazuelas, atento á los menores detalles del pavimento, sin acordarse de que no había comido; pero distribuyendo, en cambio, mentalmente aquella enorme suma que, aunque ignoraba su cuantía, dijérase poseer ya de un modo tangible.

Mas pasaban las horas, las piernas comenzaban á flaquearle y la andorga le reprochaba su abandono con una lúgubre sinfonía de gemidos. Al fin, más abatido por la depauperación que por la desesperanza, sentóse en un banco de la Plaza de Oriente. Y en la calentura del cansancio y el hambre, su imaginación hubo de remozar las quiméricas ensoñaciones con más vértigo y esplendor que nunca. ¡Ah, la cartera de su porvenir! ¡Cómo coqueteaba la muy pérfida con su optimismo! ¡Para qué, si al fin había que rendirse á esa fuerza superior que dicen azar, ofreciéndoselo púdica y castamente envuelta entre la hojarasca que el otoño esparcía por el suelo?...

Rebrillaron de pronto sus ojillos zarcos. ¿Acaso? ¿Sería posible? ¿No le engañaban sus pupilas?... Por vez primera desplomóse su optimismo. Hierático, desfallecido, contraído el rostro en un gesto de estupor, no se atrevía á dar un paso, temeroso de engañarse. ¡Era tan grato el dolor de la duda! Pero vió que un transeunte caminaba hacia el sitio en que el objeto se hallaba, y el egoísmo venció sus temores. Llegó haciéndose el distraído, dejó caer diestramente el pañuelo—como cuando, luego de unas horas sin fumar, veía una punta de cigarro—, y sin inmutarse recogió, con la habilidad de un prestidigitador, la cartera; que cartera fué—¡oh, el sentimiento!—lo que el hado le donara para colmo de felicidad.

Pero ¡recontra! ¡Cómo le latía el corazón! ¡Qué opresión tan horrible en las sienes! ¡Qué sudor tan frío y tan pegajoso! ¡Qué temblor en todo el cuerpo!... Desencajado, receloso, trémulo, extrañada la mirada, Pepe Jesús vagó como un perro sarnoso que sabe ha de ser repudiado por todo el mundo y al que sólo esperan golpes que le tundirán sin piedad. Sentía tal agobio, que el pecho se le hundía y encorvábale la espalda como abrumada por una carga enorme. Y tal que pudiera decir un ministro de Estado ante la difícil solución de un intrincado problema internacional, murmuraba: «Señor: ¡cómo pesa una cartera!»

Ya no hacía planes. Ni siquiera se le ocurría que podría comer opíparamente. En todos los rostros creía sorprender una acusación; cuando sentía pasos tras de sí figurábase que le perseguían; no se atrevía á mirar á ningún guardia; rehuía los sitios céntricos, é inconscientemente se apretaba el costado, nervioso y calofriante, como el más terrible espanto...

No recapitó que pudiera estar vacía, ni que su agitación podría delatarle. Una sola idea le atenazaba. ¿Cómo se las arreglaría para ver el contenido? Carecía de albergue; confidenciar á un amigo el secreto era peligroso; hacer la inquisitoria en un urinario, punto menos que imposible; y sobre todos estos obstáculos estaba el de llevar, con su poco recomendable talante, aquel fortunón.

«¡Mire usted que es sarcasmo!—se decía—Teniendo tanto dinero no poder alquilar una cama, ni entrar en un comedor, ni siquiera en un quios-

co de necesidades, porque, á lo mejor, sólo hay billetes de mil pesetas; y ¿cómo entrego tanta cantidad para que cobren un pago tan nimio con esta deplorable facha mía?»

Ni Danto concibiera mayor suplicio que el del pobre Pepe Jesús. Y el caso era que los pies se negaban ya á sostenerle, que el estómago arreciaba en sus reclamaciones imperiosas y la cabeza le daba vueltas como un ventilador sin

ner calentura!» Y él, aferrándose á este recurso, agencióse unas monedas para irse á dormir.

ooo

Salió triunfante, rejuvenecido. ¡Por fin iba á saber qué capital poseía! Ya en el cuarto del hotel taponó la cerradura, hizo minuciosa requisa para convencerse de que no le observaban, sacó la cartera y... la besó, la besó muchas veces, conmovido, lloroso... Entonces surgió la cruel incertidumbre. ¿Estaría vacía? ¿Tendría sólo un billete de cinco duros? ¡Oh, cuánto tardó en decidirse! Los más negros pesimismo le asaltaron, conturbando su ánimo hasta hacerle llorar nuevamente. Con el corazón transido por la sospecha, decidióse al cabo. Y—¡oh, alegría!—su sueño era venturosa realidad. ¡Cuánto dinero! ¡Pero todo en billetes de á mil!...

Esta contrariedad le dejó atónito. ¿Cómo arreglárselas para cambiarlos? ¿No le llevarían á la cárcel por presunto ladrón? Quiso dormir y no pudo. Toda la noche fué presa de la más terrible inquietud. A cada momento creía ver en la puerta á los agentes de la autoridad, fieros y sañudos, para conducirlo, atado codo con codo, ante el juez. Cuando ya de día se decidió á salir á la calle, su cuerpo estaba macerado y su faz cadavérica. ¡Y sin poder tomar alimento ni entrar en ninguna parte! Un pánico horrible tenía tremanes sus nervios que, á cualquier incidente, sufrían sacudidas epilépticas. ¿Para qué le servía el dinero, aquel dinero tan ansiado en sus insomnios febriles? Para nada que no fuera para suplicio tantísimo.

Una sorda irritación iba desvaneciéndose su optimismo, á medida que el cansancio acentuaba su debilidad y acuciaba el aguijón del hambre. Ocurriósele una idea que él conceptuó luminosa. Devolvería la cartera á su dueño y la gratificación que obtuviese le serviría para proporcionarse bienestar.

Renació su optimismo. El propietario le daría lo menos quinientas pesetas, y con dicha suma podría vestirse y hospedarse como un gran señor. Y así, aunque se encontrara otra cartera con billetes de á mil, ya no habría inconvenientes para el cambio, porque nadie sospecharía de su aspecto. De los dos mil reales dedicaría diez duros para un billete de Lotería. ¡Y quién sabía si la diosa Fortuna tenía el capricho de convertirle de pronto en magnate!

Mientras dirigiese al domicilio del perdidoso, las más risueñas esperanzas aletearon sobre su corazón. Pero cuando se halló frente á él, sintióse grande como un Alejandro, y una vez más el quijotismo inflamó su orgullo. El entregaba aquella cuantiosa fortuna por honradez, que, aunque pobre, era todo un caballero y no quería desprejarse á sí mismo. Nada tenían que agradecerle, porque cumplía con un deber sacratísimo de hombre honrado. Y ya sobre el pegaso de su grandeza, hasta se permitió rechazar con gesto digno la gratificación que le ofrecía, llegando á tanto su tozudez, que el dueño de la cartera creyó aquel rasgo sincero y le dejó marchar sin blanca.

Pero cuando Pepe Jesús salió á la calle, más irritado contra sí que con el otro, mordiéndose los puños de coraje y comenzó á sollozar como un niño...

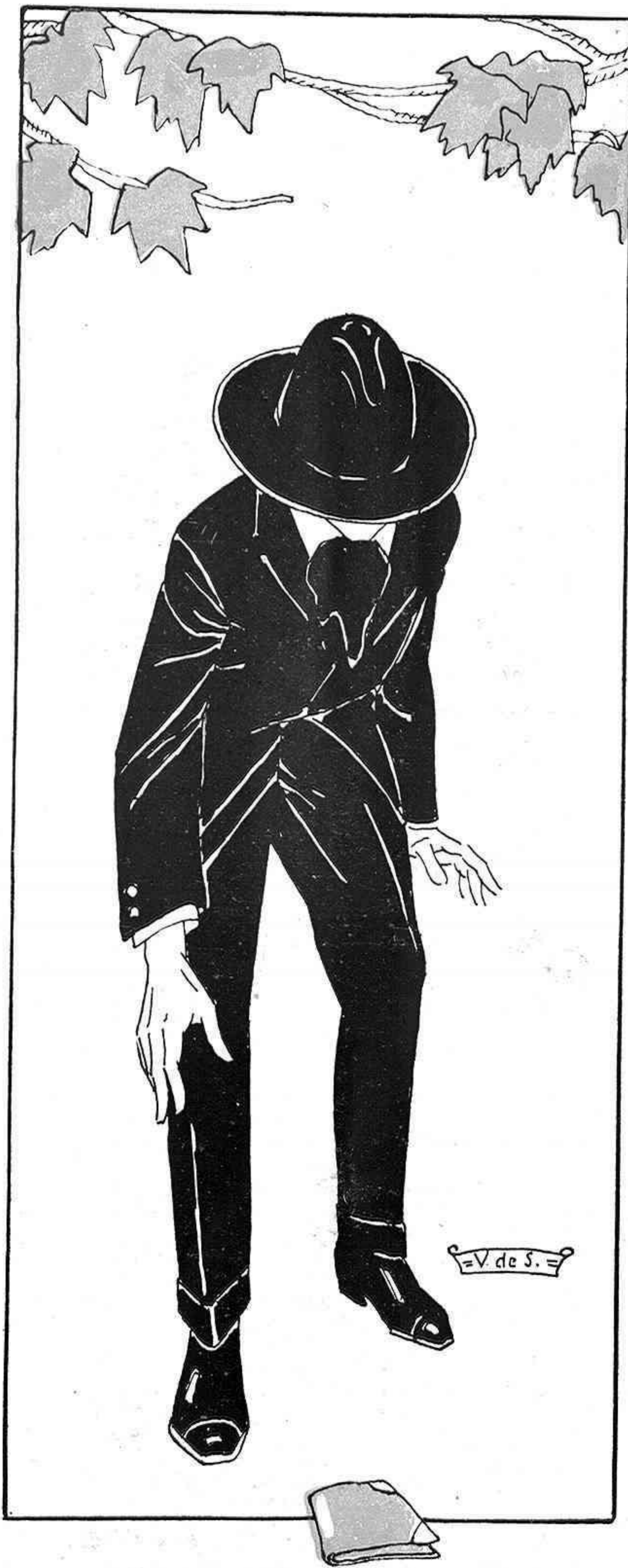
ooo

Al día siguiente los periódicos encomiaban su honradez con adjetivos calurosos. Pero sus cofrades de bohemia burláronse de sus escrúpulos y le tachaban de imbécil, á lo que él respondía mentalmente, recordando los sinsabores é inquietudes que el hallazgo le costara:

—¡A ver qué hace un hombre en mi caso! ¡Ah! ¡Pero como encuentre otra, ya veré el modo de no ser «primo»!

EDUARDO ANDICOBERRY

DIBUJOS DE VARELA DE SEIJAS



regularidad, en unas locas ansias de reposo. ¡Y cualquiera se dormía llevando consigo miles de duros! ¡Si encontrara un amigo á quien pedir dinero!...

Animado por este propósito se rehizo un tanto y se encaminó hacia un café donde solía reunirse gente de letras. La idea de que le supondrían tan misero como siempre le hizo sonreír. ¡Sí que era gracioso! ¡Un hombre acaudalado solicitando, compungido, la caridad de los cofrades! ¡A qué divertidas paradojas obliga la vida!

Llegó. Luego de atisbar y convencerse de que había compañeros «operables» penetró resueltamente, siendo acogido con compasivas exclamaciones: «¡Caramba, Pepe Jesús, qué cara tiene usted!» «¡Sí, chico, estás horrible! ¡Debes te-

ARTISTAS JÓVENES

Miguel Pérez Torres

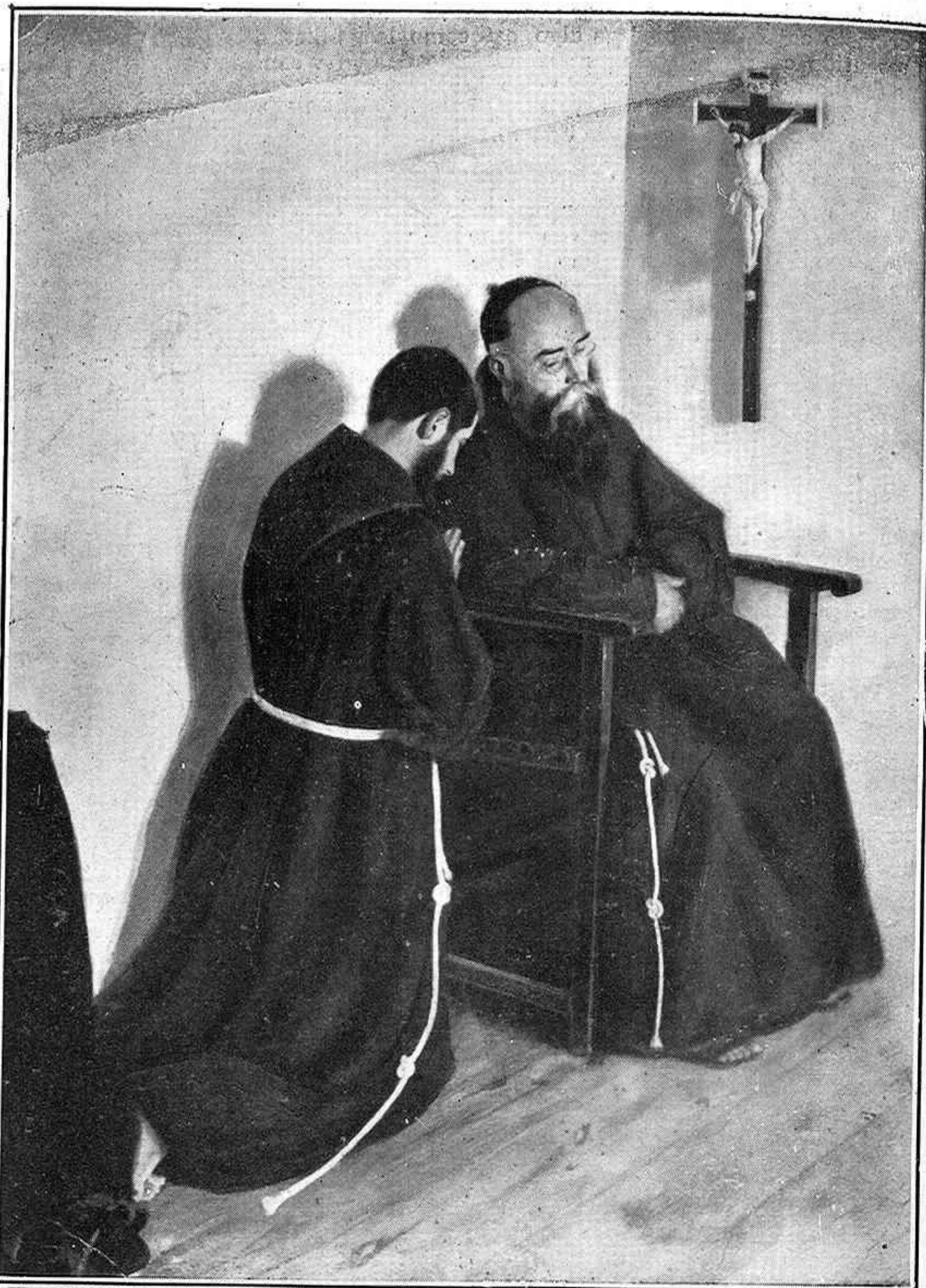
En la última Exposición Nacional, tan agobiada, tan con exceso repleta de cuadros de toda índole y cualidad, se destacaban dos lienzos de regulares dimensiones y casi desconocida firma: *La confesión del capuchino* y *En la ribera de Navarra*.

No la extravagancia cromática ó la arbitrariedad lineal; no el exotismo ó la crudeza del asunto eran los motivos de que estos cuadros exigieran una atención más detenida que la mayoría de las obras colgadas este año en el palacete del Retiro.

Su encantadora excelencia, el interés que sugerían, no necesitaban gritos del color ni contorsiones de la forma; tampoco nacían de un tema llamativo. Eran dos momentos de la vida pintados con sencillez y nobleza. Nada más.

Vuelve Miguel Pérez Torres por los fueros del arte español, un poco olvidados en estos tiempos, procurando no sólo el deleite visual, la placentera fusión de tonos y el acertado maridaje de gamas y valores, sino también la complacencia sentimental, la emoción interior, el halago espiritual.

Veamos cómo ha conseguido el notable artista sus propósitos. *La confesión del capuchino* representa el instante en que un fraile, arrodillado ante el sillón donde está sentado un compañero de Comunidad, liberta su alma del pecado. Las figuras se recortan limpiamente sobre el fondo blando de la celda. Las actitudes tienen su ritmo tranquilamente propio. Se adivina en el genuflexo la suave paz que va invadiendo su espíritu conforme se acusa de las faltas pretéritas. Se lee en el rostro atento y plácido del confesor la amable indulgencia con que escucha. Entre los dos hombres alejados del mundo, hermanados por la vida monástica, apaciguados los sentidos por la oración, la confesión es casi una confiden-



«La confesión del capuchino»



«En la ribera de Navarra»

cia que no abochorna á quien la hace ni turba á quien la recibe.

En la ribera de Navarra es más considerable desde el punto de vista de la emoción, aunque no aparezca tan totalizado como el de los dos frailes. Reproduce el instante en que un labriego y una muchachita —¿su hija?— van á empezar la frugal comida. La niña, de pie, reza y el labriego, sentado, escucha. Tratado con la misma fuerza pictórica que el otro lienzo, separa á las dos figuras una preferencia idealista por la muchacha. El labriego es rudo, áspero, de una vulgaridad casi violenta. La niña es como un éxtasis lánguido y apasionado, como una aspiración de tierna sublimidad.

No se olvida fácilmente esa figura admirable. En toda la Exposición acaso no hubiera dos ó tres creaciones que pudieran alcanzar esa afortunada expresión de deliquio y de fervor.

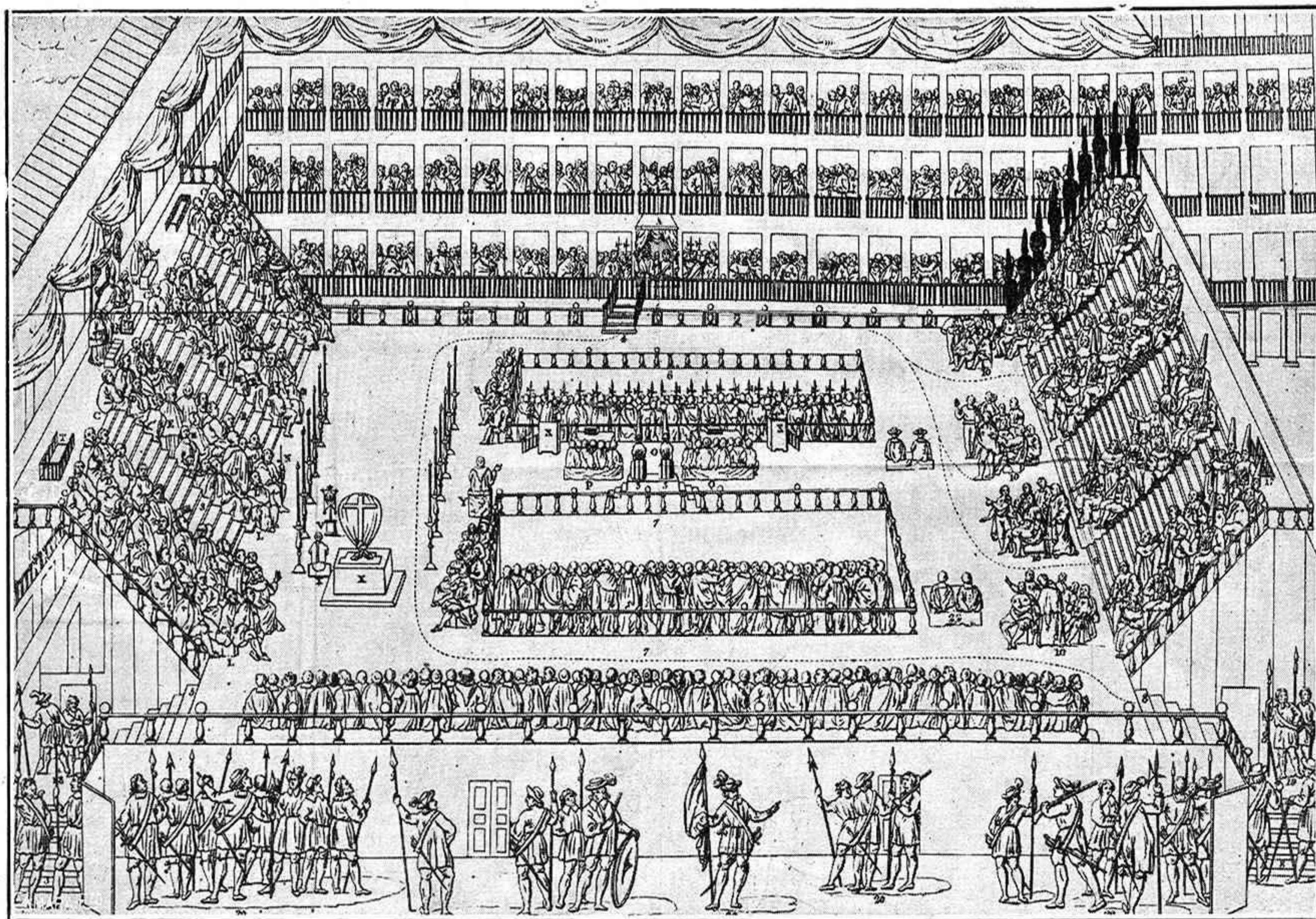
ooo

Miguel Pérez Torres es una revelación inmediata. Natural de Tudela, empieza á pintar hace escasamente tres años, á los veintitrés de su edad. No acude á ninguna Academia; no tiene ningún profesor, no precisa consejeros de los que suelen desvirtuar y falsificar las cualidades instintivas. Pérez Torres, entregado á sí mismo, soluciona las primeras dificultades, acomete con brío la empresa de ir copiando la luz y las formas de un modo empírico que rápidamente se cambiará en experta eficacia.

Retrata á sus convecinos, refleja aspectos del paisaje, y alentado por el ajeno entusiasmo, expone primero en Pamplona, y obtiene una elevada recompensa; luego en Madrid, donde es acogido halagüentemente por la crítica, y, por último, concurre á la reciente Exposición Nacional, y su obra *La confesión del capuchino* es premiada con tercera medalla honorífica.

MOMENTOS
HISTÓRICOS

EL AUTO DE FE DE 1680



Auto de fe celebrado en Madrid el 30 de Junio de 1680

La página más negra del sombrío reinado de Carlos II fué escrita por el fanatismo, en nombre de una divinidad que predicó el amor al prójimo y el perdón de las culpas.

Ya desde el punto y hora en que Felipe II tomó el cetro de España de manos de su progenitor, que tuvo el donaire de poner en práctica el refrán castellano que dice que *El diablo harto de carne se metió á fraile*, comenzó á llenarse de sombras nuestra historia. Si un poco se acertó á despejar en tiempos del cuarto Filipo, fué gracias al sol del ingenio y del arte, que alumbró con intensidad suficiente para amortiguar con su resplandor los fracasos de la política y las derrotas de las empresas militares. Pero fenecieron Lope, Quevedo, Velázquez y Tirso, quedando sólo Calderón en un oasis glorioso y como único rayo de aquella magnífica aurora, y todo volvió á hundirse en la sombra.

Bien puede decirse que la noche de la Monarquía española fué por entonces. Salvo el nubarrón de Fernando VII, nunca hubimos más tinieblas.

Carlos II, criado entre tocas monjiles y ropas talares, tengo para mí que ni aun de niño hubo ocasión para que se aderezara una sonrisa en su rostro macilento...

No sabía más que llorar y rezar. Tenía quince años y apenas si acertaba á conocer las letras y á emborronar su nombre.

No sabía de sus antepasados más de que fueron reyes, ni tenía noticia de las conquistas de España como ellas no fueran alcanzadas en el orden religioso; pero en cambio éranle familiares todos los triunfos de la Iglesia, y sabíase de coro cuantas oraciones empedraban los libros de rezos.

ooo

Llegó el año de 1680, y D. Rodrigo Sarmiento Valladares, que era á la sazón inquisidor general y obispo de Palencia, quiso que la Iglesia hiciera un homenaje al dignísimo biznieto del fundador del Monasterio escurialense, y pensó que no podía presentarse mejor programa que un auto de fe, que dejase en mantillas, como suele decirse, á todos los celebrados hasta entonces.

La verdad es que había materia más que suficiente para que la fiesta resultase deslumbradora...

En las cárceles que la *Suprema* tenía establecidas en la Corte, en Toledo, en Murcia (que era como la metrópoli del terrible Tribunal) y en otras ciudades, había un buen repuesto de reos cuyas causas estaban falladas y sólo esperaban la ejecución de las terribles sentencias para ejemplo y espanto de herejes y para mayor gloria de Dios.

¿Qué mejor blasón podría sustentar un Monarca en los anales de su reinado que tomar bajo su férula aquel desagravio á la divinidad ofendida? ¿Hicieron menos con sus ídolos los príncipes gentiles?

El inconsciente hijo de Mariana de Austria, muy bien aconsejado por tan augusta y tierna madre, recibió con júbilo el proyecto del prelado y dispuso que ello se llevase á cabo con la mayor brevedad posible.

Todo en España va á paso de tortuga, si no son las fiestas de toros y de iglesia; y así, en poco espacio, quedó el festejo tan perfectamente organizado, que no había sino echar la leña en el fuego.

Se dió aviso á los inquisidores de los diferentes Tribunales del reino; nombráronse las Comisiones necesarias y bien autorizadas por la espumilla de la grandeza española, y el 30 de Mayo, día de San Fernando, el pregonero de la Villa echó solemnemente el siguiente pregón en los sitios acostumbrados:

«Sepan todos los vecinos y moradores de esta Villa de Madrid, Corte de S. M., estantes y habitantes en ella, cómo el Santo Oficio de la Inquisición de la ciudad y reino de Toledo celebrará auto público de la fe en la Plaza Mayor de esta Corte, el domingo 30 de Junio de este presente año, y que se les concederán las gracias é indulgencias por los Sumos Pontífices dadas á todos los que acompañasen y ayudasen á dicho auto. Mándase publicar para que venga á noticia de todos.»

Dió el Soberano la autorización necesaria para que en la dicha plaza se levantase un magnífico teatro (así dicen las relaciones particulares), con arreglo á los planos y diseños que hizo el familiar José del Olmo, quien también se reservó la parte de cronista, describiendo con todo lujo de detalles el famoso suceso, que todavía sigue figurando entre los negros borrones de nuestra historia.

Hicieron familiares del Santo Oficio los más

ilustres representantes de la Nobleza, entre los que figuraban los duques de Alba, de Abrantes, de Alburquerque, el príncipe de Astillano y los condes de Benavente de Aguilar.

Llegó el terrible día, y Madrid entero se fué á la fiesta, con el mismo garbo y buen humor que solía asistir á las corridas de toros y á los juegos de cañas.

En la procesión oficial formaban todos los Tribunales, Consejos y Comunidades religiosas, llevando delante á los reos como triste manada que caminaba al degolladero.

Espójase el ánimo y elévase el estilo del cronista mencionado al describir cada una de las agrupaciones que acercaron sus almas al cielo ocupándose en tan ejemplar menester como el de llevar á morir horriblemente á diez y ocho hermanos, pues aunque los herejes eran ciento veinte, sólo aquel número alcanzó el terrible castigo, ya que muchos de ellos habían muerto y otros lograron huir; pero ni aun así pudieron ufanarse de no escapar de la infamia, ya que de los primeros se llevó la carroña que aún no habían consumido los gusanos de la Muerte, y á los segundos se les representó en estatuas grotescas.

Leídas las causas y pronunciados los anatemas de la Iglesia, que respiraban odio y rencor, y en los que contra lo que promete la doctrina de Cristo se negaba el perdón en la vida eterna, fueron llevados procesionalmente al suplicio.

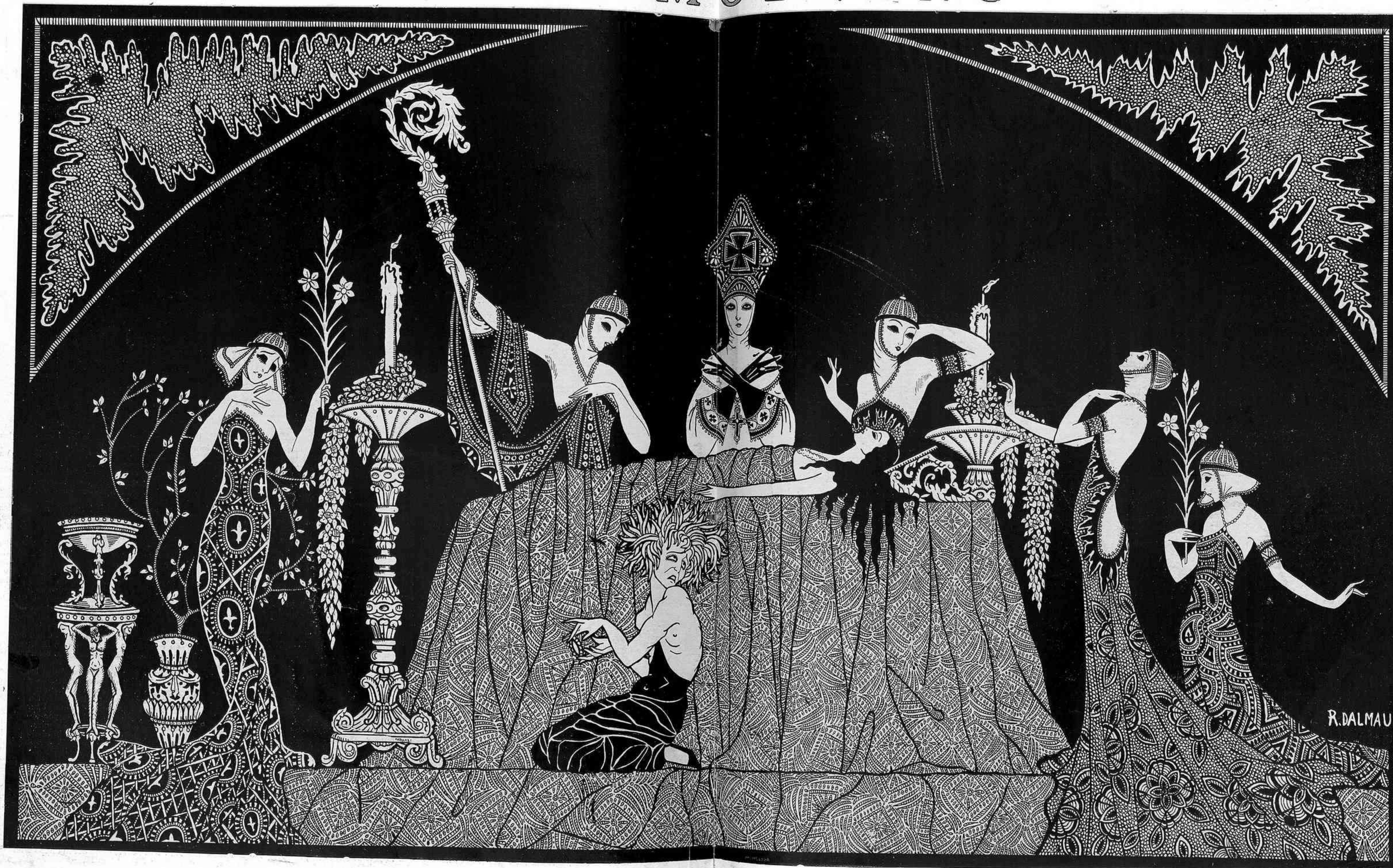
Hicieronles salir de la Plaza por el callejón de Boteros, y volviendo á mano izquierda por la calle Mayor, salieron por la de Bordadores á la plazuela de las Descalzas Reales; pasaron de allí á Santo Domingo, y embocando por la calle de San Bernardo, terminaron su último paseo por las calles de la Corte y los caminos del mundo en el *brasero*.

Allí, en nombre de Dios, fueron trocadas en cenizas ancianas de más de setenta años, como Leonor Pereira y Felipa López de Redondo, y matronas en la flor de su vida, como Ana de Vargas, Violante y María Enríquez, arrancadas de su hogar honrado por el fanatismo imbecil de todo un pueblo.

Tal fué el más notable florón de la corona del señor Rey Don Carlos II, postrero vástago de la Casa de Austria.

DIEGO SAN JOSE

ARTE MODERNO

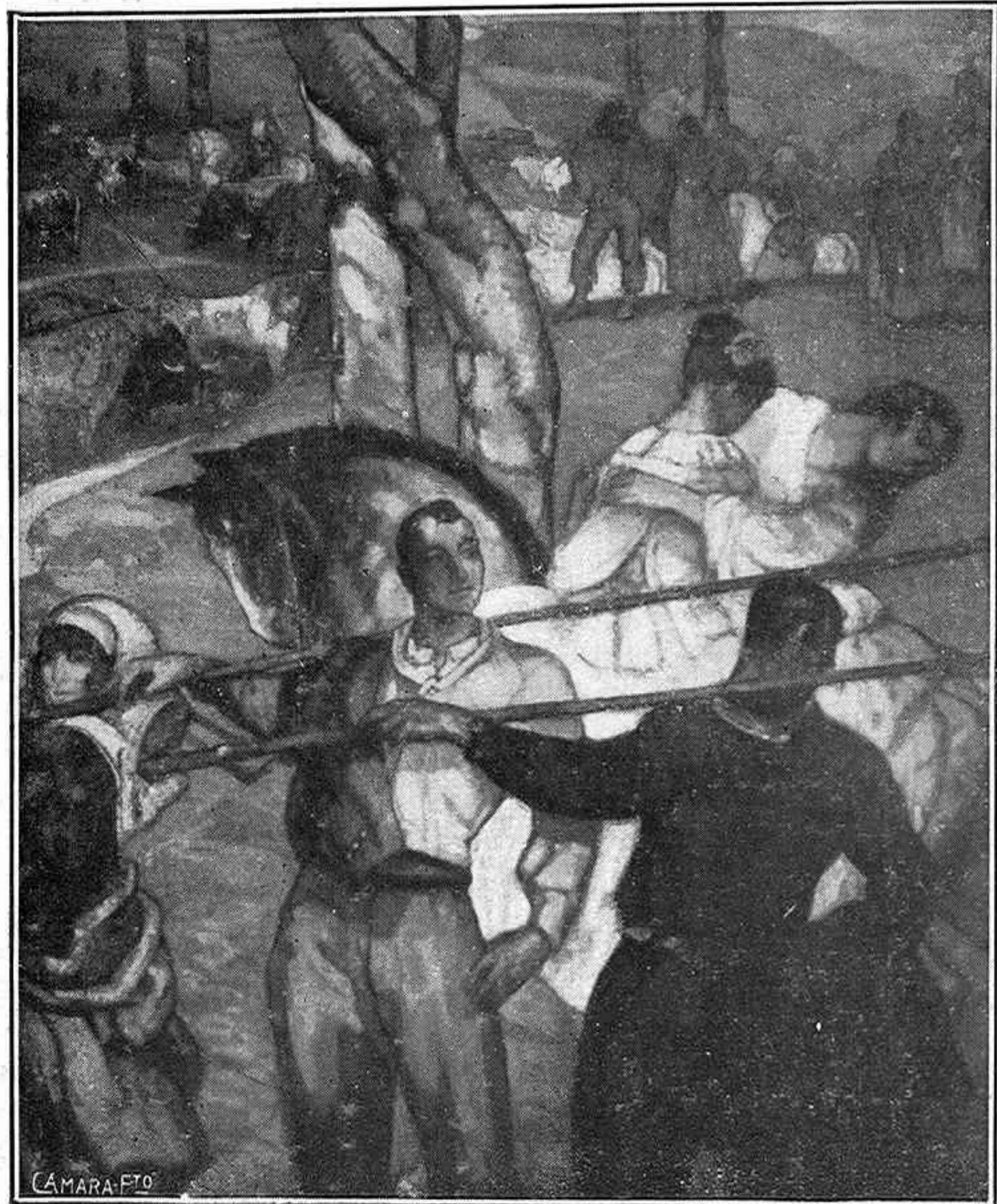


EN OLOR DE SANTIDAD, dibujo original de R. Dalmau

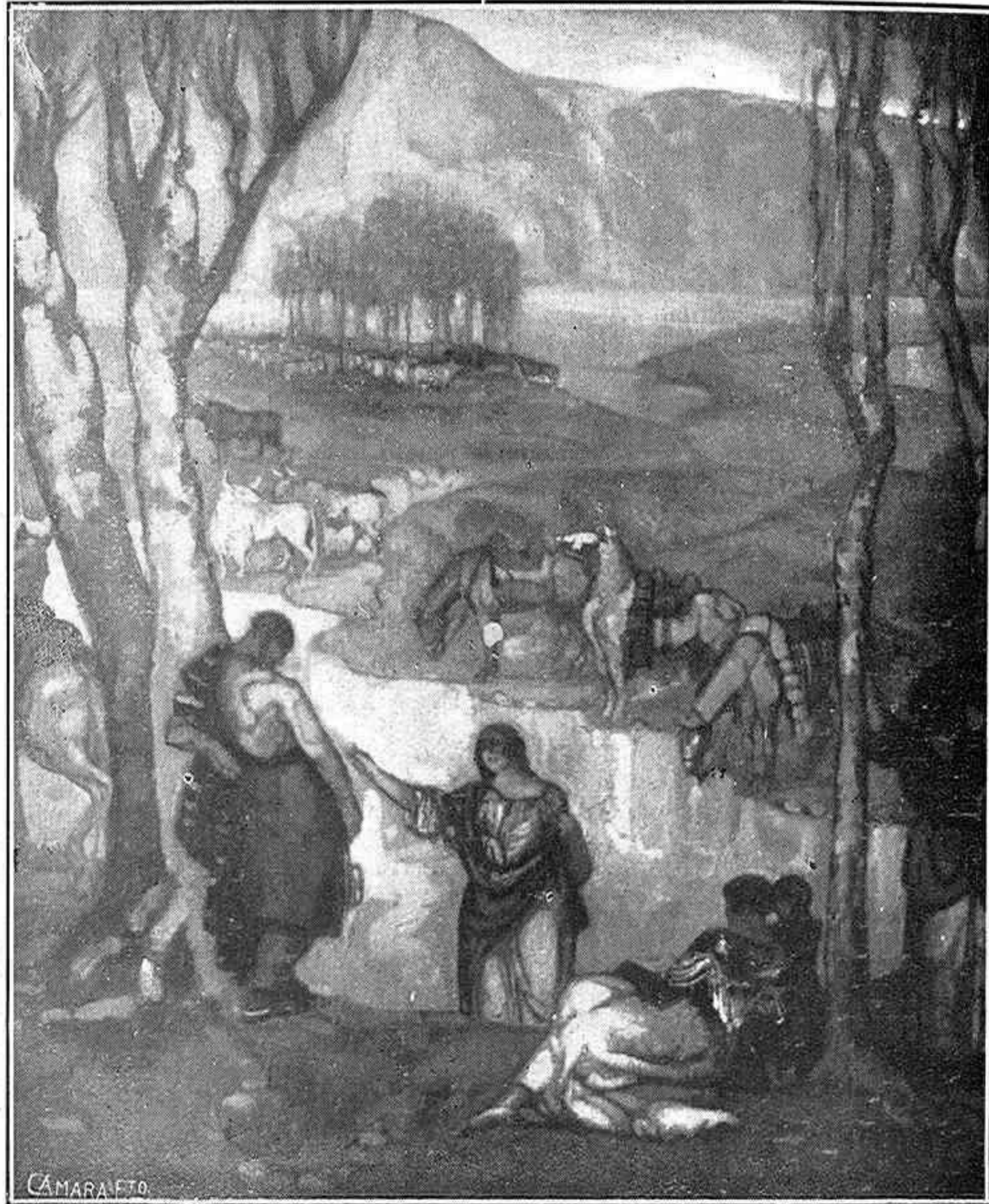
Como en la composición escultórica de un tímpano sagrado, la imaginación libre del artista agrupa las figuras y sugiere la emoción de la escena suntuosa y mística, que hace pensar en la remota Bizancio. Todo en ella es denso y grácil á un tiempo mismo, y mientras la santa hierática reposa en el túmulo, bajo la exaltación de las figuras cristianas, el dolor de cabellos escrespados añora la imagen viva en el retrato, que ya será relicario

HORAS DE ARTE

GUSTAVO DE MAEZTU EN PARÍS



«Andalucía»



«Rincón de Sierra Morena»

EN la galería Devamber del bulevar Malesherbes ha tenido expuesta al público Gustavo de Maeztu una colección de sus obras: dibujos y pinturas. En éstas, paisajes, retratos y cuadros de composición. El escaso tiempo que ha durado esta Exposición, veinte días apenas, y la falta de preparación y propaganda de que adoleciera desde sus comienzos han hecho que no se la haya concedido la importancia á que ha mostrado ser acreedora.

En la época de las Exposiciones, en París, que es el centro artístico del mundo, casi no hay tiempo en veinte días para que el público se entere de que existe una Exposición interesante si previamente no se han derrochado unos cuantos miles de francos en publicidad, caso en el que no estaba Gustavo de Maeztu.

Así, se ha dado la coincidencia de empezar á aparecer artículos de crítica sobre su Exposición cuando ya estaba clausurada, habiendo sido en gran número las personas que yendo á verla, incitadas por la lectura de tales trabajos periodísticos, se encontraban con que ya no había ni rastro de las obras de Maeztu en el local.

Por de contado, el desinterés mayor, el de los españoles; altamente deplorable, el del elemento oficial.

Claro que de esto tiene la culpa la incuria del Ministerio de Estado, donde tanto dinero se dilapida inútilmente, mientras se tiene desorganizada—ó, mejor dicho, se carece en absoluto de ella—la propaganda española en el Extranjero.

Yo, que he recorrido gran parte del mundo, estoy autorizado para decir que si alguna importancia tiene hoy España en el Extranjero se debe única y exclusivamente á su arte mayormente; á su literatura,



«Cirós Club»

después. El mundo entero sabe quién es Blasco Ibáñez, quién es Zuloaga; nadie sabe en el mundo quién es el Sr. Sánchez Guerra ni el Sr. Montejo.

Todo el prestigio que nos queda radica en nuestros hombres de letras, artistas ó científicos, como Cajal. Precisamente los hombres que España abandona cuando salen al Extranjero tratando de ganar para su bandera todos los lauros que políticos y militares—los elementos á cuya inepticia vivimos sometidos—se dejan entre las abruptas peñas del territorio rifeño ó en la sentina de una administración pública carente de honradez, huérfana de ideal. Que el señor embajador de España en París no se digne ir á una Exposición de un pintor ilustre como Gustavo de Maeztu, cuando en una de las primeras galerías de aquí exhibe cuarenta lienzos, de gran importancia muchos de ellos, y otros tantos dibujos, es altamente sensible. Por muy ocupado que nuestro embajador se encuentre en el arduo desempeño de su misión, á nadie se le ocurrirá pensar que no puede sacrificar media hora en asistir á la Exposición de las obras de un compatriota, sobre todo cuando éste es un pintor que ya goza de gran renombre en otras naciones además de España.

Este abandono del elemento oficial contribuye en gran parte al desinterés de los compatriotas; no se hace ambiente entre éstos, y la mejor manera de hacerle es propagando la solicitud con que el representante de la Patria acoge y patrocina el esfuerzo loable de un ilustre artista español.

Que los periódicos digan—hecho que siempre registran—por ejemplo: «Ayer tarde el señor emba-

jador de España asistió á la inauguración de las obras del artista español X, en la galería Z, recorriendo detenidamente todas las dependencias, admirando los magníficos lienzos expuestos y elogiando las notables cualidades del autor, al que felicitó calurosamente, saliendo altamente complacido de su visita», es de suma conveniencia para el artista. Nada más inocuo ni más expresivo de la discreción diplomática que un suelto de tal corte. En nada compromete el feliz resultado del tratado comercial, en cuyas abstracciones pueda estar sumido un embajador, y, sin embargo, sería lo suficiente para que buen golpe de españoles, hispanoamericanos y simpatizantes del arte español acudiera á la Exposición del artista aludido, contribuyendo al pretendido éxito.

Careciendo de lo cual, el mayor éxito que Gustavo de Maeztu haya podido obtener ha de buscarse entre el elemento cosmopolita de París, amén de los artistas y críticos conscientes. Dicho queda, pues, que se debe al mérito intrínseco de las obras expuestas.

El cual demanda no poca admiración y exige respeto.

La primera cualidad que realza el mérito de Maeztu á nuestros ojos, es lo que para otros parece ser un defecto.

«Es un pintor intelectual», me decía un escultor, mientras juntos admirábamos los cuadros del pintor vasco.

Y esto que él decía como poniendo un pequeño reproche á su admiración, es, á nuestro entender, una excelente condición. Gracias á ella, Maeztu se propone, se determina, se pone á la obra de pintar un cuadro; es decir: que ya ha concebido la idea del mismo; después de concebirla sabe acariararla, madurándola en su mente, y, una vez madura, reunir los elementos precisos—ambiente, fondo de naturaleza ó de interior, personajes representativos, luz adecuada, escena á propósito, indumentaria conveniente—y pintarla.

Nada se deja al tuntún, ni á la improvisación, ni al porque sí. Todo ha sido previamente depurado en el crisol de la mente. Como el arte es siempre interpretación, bien de la naturaleza, de la vida, del mundo exterior, bien de nues-

tra propia vida ó mundo interior, la obra artística habrá de ser expresiva de tal interpretación; si esta interpretación es bien y bellamente expresada por la línea y el color, la obra pictórica será bella.

Y he aquí el doble mérito que á nuestros

Si de los cuadros y retratos pasamos al paisaje, veremos cómo su personalidad queda robustecida. En realidad, todos sus cuadros de composición están pintados, pudiéramos decir, sobre paisajes, de los cuales el artista sabe servir, ya en armonía con la idea que sobre ellos

hayan de representar los personajes vivientes, ya en oposición y contraste de la misma para que la obra resulte más dramática, como ocurre en el cuadro *El Orden*, por ejemplo.

En el paisaje, Maeztu sirve á la Naturaleza, mientras que en los cuadros de composición se sirve de la Naturaleza, lo cual prueba su intachable honestidad artística. Para explicarnos, diremos que en los paisajes deja hablar á la Naturaleza; limitamos su actuación pictórica á una labor de ingenuidad interpretativa, contenida dentro de modestos y poéticos límites.

Esto hace que los profesionales le consideren más como paisajista; pero ya hemos quedado en que los que menos entienden de arte pictórico son los pintores, aun cuando sean los que más entiendan de pintura.

A la luz de la luna en Castrojeriz, Paisaje romántico, Crepúsculo en la Bastida, Rincón de Oñate y otros paisajes le acreditan de tan admirable intérprete del mundo exterior y extático como de su propio interior y dinámico mundo.



«Rincón de Oñate»

ojos tienen las obras de Gustavo de Maeztu.

Porque considerándolas de la manera absurda que siempre consideran las obras los artistas (que, dicho sea entre paréntesis, son los que menos saben de arte), ó sea técnicamente, por la manera como están hechas, las obras de Maeztu son admirables de colorido, firmes y seguras de dibujo.

Puede tener desigualdades junto á un fragmento pintado de mano maestra, un espacio del cuadro poco trabajado en el color, desaliñado en el dibujo...; pero si se fuera á pararse en tales minucias..., ¿dónde quedaría nuestro maravilloso Goya, por ejemplo, con todas aquellas sus incorrecciones y desigualdades, que, lejos de disminuir, acrecen el encanto de sus lienzos?

Tiene, pues, Maeztu el doble mérito de lo intelectual—que no es más que lo inteligente—y de lo técnico, con lo que pudiéramos decir que es un magnífico pintor, á diferencia de otros, puramente técnicos, á quienes podría llamarse pintadores.

Por lo que llevamos dicho es fácil inducir las cualidades predominantes en la obra del artista en que nos ocupamos. Originalidad, en primer término; robustez, serenidad, alegría del colorido. Hay también, como nota saliente en Maeztu, tendencia á la monumentalidad, como si un ansia de perpetuidad animara sus obras contra lo deleznable y lo perecedero, por insignificante. Entre sus más encomiables cualidades se destaca el exquisito sentido decorativo con que parece han sido pintados sus cuadros. De los expuestos aquí, sobresalen en tal concepto su *Grupo en las llanuras de Castilla*, *Andalucía*, *Los novios de Voz Mediano* (expuesto el último antes en Madrid). Si nos detuviéramos á analizar la obra del pintor-pintador, sólo elogios encontraríamos para su *Pasión*, en que triunfa un magistral desnudo de mujer; para sus *Figuras de circo*, tan sencillo como realista y expresivo; para su *Pareja de apaches*, en que la cabeza de él está resuelta con una facilidad y una maestría técnicas extraordinarias, de que hace gala igualmente en el *Viejo ujier*.

Mayores tendrían que ser nuestros elogios frente á sus grandes cuadros de composición *El Orden* y *La Fuerza*, en los que la cualidad intelectual—de una fina rebeldía—es fielmente secundada y servida por un realismo abrumador junto á las más patéticas situaciones, sobre fondos de un poético é inquieto simbolismo.

Si fuerte, duro y monumental sabe mostrarse en los cuadros de este orden, suave, poético y recogido gusta de ser en los paisajes, tras los cuales parece querer desaparecer, lográndolo á la vista del profano...; mas no consiguiendo escaparse á la del iniciado, que le adivina fundido en espíritu al espíritu tenue, luminoso y reposado en que diríase viven sus praderas, sus ermitas, sus pequeños y monótonos pueblos castellanos, sus abigarrados pueblos vascos.

En resumen: Maeztu es un pintor que sabe lo que pinta, que pinta lo que quiere, que quiere lo que piensa.

Su personalidad, fuertemente acusada, la determinan su talento de pintor, su habilidad de pintador.

Así lo ha mostrado con su reciente Exposición en la galería Devamber de París.

MARIANO ALARCON

París, Junio 1922.

NOCTURNO

La avenida, monástica y silente,
se oculta bajo bóvedas del llano,
y el astro de la noche soberano
se mira en el espejo de la fuente.

A intervalos, muriendo lentamente,
se oyen, lejos, las notas de un piano,
y el alma se remonta hacia el Arcano,
y un idilio supremo se presiente.

Esto es todo: un paraje de idealismos
y un ambiente aromado de lirismos,
donde flota el amor, áureo y disperso...

Mas no he pintado su total poesía;
yo quisiera ser docto en armonía
para ponerle música á este verso.

Rosendo RUIZ Y BAZAGA

SIN ESTÍMULOS

Con el agua y la luz del sol radiante
surge el iris, el prado reverdece,
el árbol da sus frutos y florece
el rosa!... ¡Todo es bello y deslumbrante!

Si faltava en la tierra en un instante
este aliento que anima y engrandece,
la hermosa creación que enorgullece
no proclamara al Dios bueno y amante.

¡Cuánta humana labor no fructifica
por la falta culpable de ese aliento
y la envidia que mata y perjudica!...

¡Cuántas obras que fueran, tal vez, gloria
y estímulo de muchas que presiento,
por esa falta pierden la victoria!

Alfredo RENSHAW DE OREA

Madrid, 1922

CAMINOS DE LA MONTAÑA...

SANTILLANA LA MUERTA

EL oro triste del pasado y el alma melancólica del silencio quedaron prisioneros en muchas de las ciudades españolas que hoy florecen como viejas rosas de leyenda entre la prosa y el ruido del vivir moderno, tan febril, tan inquieto, tan vertiginoso...

Así viven su vida de renunciación y de recuerdo Toledo, magníficamente silueta da sobre el fondo luminoso y purísimo del cielo de Castilla; Córdoba, reclinada en el ensueño sensual é indolente de su pasado moro; Avila, aureolada de santidad por el exaltado misticismo de Santa Teresa; Compostela, donde la lluvia va desgranando su interminable salmodia sentimental...

Así, también, vive su vida de renunciación y de recuerdo Santillana del Mar, la villa montañesa de la misma estirpe espiritual de Toledo, de Avila y de Salamanca; la villa embriagada de poesía y ungida de silencio; la villa donde, como en otras ciudades evocadoras, quedó prendida el alma de la España de ayer...

Bajo el cielo suave de la Montaña se alza Santillana como un lírico remanso de quietud y de melancolía, no lejos de otros lugares de donde huyeron, vencidas, la melancolía y la quietud... Cerca de la villa, en los campos ó en la capital, triunfan, dinámicos, vivos, rientes, el trabajo y el placer... Triunfa el trabajo, hecho llamas y bloques, en las entrañas fecundas de la tierra, rasgadas por la bella audacia y la noble ambición de los hombres que á la prosa del compás y de los números saben añadir la poesía del misterio y lo desconocido; triunfa en los penachos negros y ondulantes del humo de las fábricas, en los lugares donde hierve incesantemente el ronco jadeo de máquinas y forjas, y donde las bravías llamaradas del fuego ponen reflejos encendidos y azulados sobre los animados mármoles de los torsos palpitantes y desnudos... Triunfa, también, el placer, cerca de Santillana, en la vida animada y riente de la capital, favorita del verano, que la mimaba con lujo y con fervor de amante; triunfa en el ambiente mundano y cosmopolita de los nuevos hoteles y casinos, con su jazz-band acompañando é íos bailes modernos y decadentes, con sus fiestas de noche, de alegría, de color y de luz, con sus mujercitas de amor y de risas, que mariposean en torno á las mesas donde la Fortuna va del brazo de un pase de *baccarat* ó de un 19 encarnado, impar y pasa... Triunfa el placer en las galantes escenas de playa; en la tentadora gracia del *maillot* que cubre... ó descubre á las mujeres; en el *flirt* veraniego ante el lienzo de oro y azul que forman la arena de la playa y las aguas del mar...

Y este trabajo de los campos y estas risas de la ciudad se alzan, febriles, sonoros, vitales, como un contraste, cerca de Santillana, cerca de la villa donde no se escuchan los esfuerzos del trabajo ni los cascabeleos de la risa, cerca de la villa donde sólo aletean la quietud y la melancolía...

En el poema bellísimo—de artistas y soñadores—que forman todos los lugares de la Montaña, Santillana es el verso de dolor, el ritmo



de elegía, la lágrima... Su llanto no es el llanto desesperado, rugiente, impetuoso, en el que hay jadeos y maldiciones; es el llanto suave, resignado y manso, lleno de beatitud y de silencio, ungido de renunciación, de sentimiento, de lírico desconsuelo, de sereno y callado dolor... Su lágrima no es la lágrima del héroe ó del guerrero; es la lágrima del poeta ó del místico...

Santillana une su tristeza intensa á la tristeza vaga de los motivos que decoran el alma del paisaje montañés; une su tristeza á la tristeza del cielo melancólicamente gris, de la lluvia que se desgrana en incesante y abrumadora letanía, del viento que aulla doliente y pone ráfagas de frío en la carne y en el corazón... Y esta tristeza suave del paisaje se funde con la tristeza honda de Santillana, de sus calles irregulares y estrechas, de sus mansiones silenciosas, grandes, desiertas, de sus balcones carcomidos, de sus piedras seculares, desvaídas, patinadas por el correr de los días, los años y las centurias...

En Santillana—de cuyo ambiente melancólico supo hacer Ricardo León el escenario de *Casta de Hidalgos*—se ha refugiado el fantasma del pasado, ha florecido el aroma de la leyenda y han quedado prendidos los más bellos jirones de los días que fueron. El corazón guerrero y cristiano de la vida medieval; el luminoso rayo de sol del Renacimiento; el alma aventurera, pícara, artista, exaltada, mística y gloriosa de los siglos de oro; la pulsación decadente de la España que enfermó en el ocaso del siglo XVII

y en el frío yermo del siglo XVIII: todos los momentos del ayer quedaron prisioneros en Santillana. Latidos de historia, retazos de leyenda, motivos de evocación, surgen por todas partes, en cada piedra, en cada casa, en cada calle... La evocación, la leyenda y la historia se alzan en el campo de Revolgo, bello pórtico que se abre antes de entrar en Santillana; se alzan en las calles retorcidas, desiguales y arcaicas, en las viejas casas de amplias portadas y rancio escudo, en los muros vetustos de la Colegiata, sagrario donde quedaron guardados los restos que la fe popular aureoló con la corona de todos los fervores, de todas las creencias y de todos los misticismos...

Quieta, callada, sentimental y triste, Santillana es, por su silencio y por su pasado, hermana de aquella Brujas cantada en páginas de inefable lirismo y enervadora melancolía por el poeta belga que llevaba en su alma toda la bruma y toda la angustia irreprimible del cielo gris y de las aguas quietas de los canales de su ciudad... Como Brujas, Santillana es la muerta... Villa muerta en una angustia serena y en una belleza doliente, Santillana lleva sobre sus piedras el estigma de su agonía reposada... Sus piedras tienen un color inconfundible, este color tan inexpresable y tan débil de las piedras de Santillana, este color que tiene la indefinida tonalidad de un eterno reposo apacible... Es el de las piedras de la villa señorial y arcaica un color que tiene mucho de oro viejo, y de pálido, y de gris; pero que no es el gris, ni el pálido, ni el oro viejo...

Santillana, la muerta... La villa centenaria, silenciosa y sollozante ha muerto; se ha dormido en el remanso de un sueño de eternidad; se ha rezagado, muda y romántica, en la encrucijada del ayer para no seguir la ruta del camino de hoy... Enferma, dolorosa, nostálgica del pasado, envuelta en quietud, Santillana es el refugio ideal para el poeta del silencio y no de la vibración, para el poeta del ayer y no del hoy, para el poeta del ritmo recóndito y no del ritmo sonoro, para el poeta del callado sentimiento y no de la pasión triunfal y desbordada...

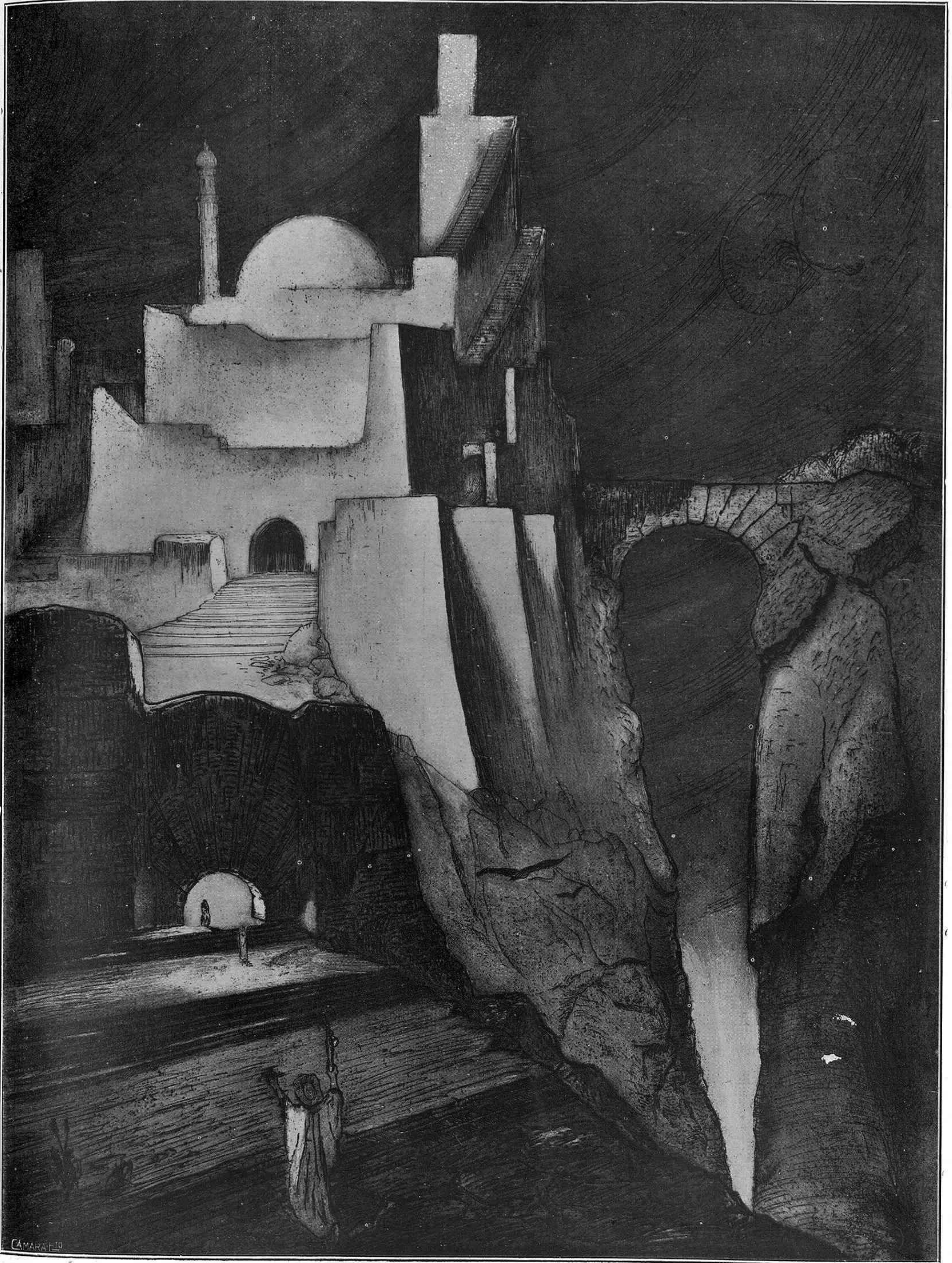
Santillana, la muerta... Villa de perenne melancolía y de enervante reposo; villa donde sólo florece el gris triste de la hiedra y no sangra la encendida púrpura de una rosa; villa donde todo—las piedras y las casas—es de un color vago, gastado, desvanecido... En sus tardes de oro viejo—estas indefinibles tardes montañesas en que todo se impregna de una tristeza punzante—sollozan, bajo la cúpula plomiza del cielo cántabro, los latidos plañideros de las campanas de la Colegiata, el tono amarillento de las fachadas carcomidas, la quietud romántica de las calles, la ruinoso altivez de las viejas torres varias veces centenarias... Sollozan, y su llanto sereno, resignado y sentimental llora el dolor intenso de la villa señorial y vetusta, el dolor íntimo, manso y silencioso de Santillana, la muerta...

José MONTERO ALONSO

DIBUJO DE SOLÍS ÁVILA

LA ESFERA

EL ARTE DEL GRABADO



CIUDAD DE ENSUEÑO

(Aguafuerte de Enrique Colás Hontan, presentada en la Exposición Nacional de Bellas Artes)

DE NORTE A SUR



El voluntario de Regulares D. Enrique Meneses, que fué herido en la operación de Sbu-Sba y que ha publicado recientemente, con entusiasta éxito, su libro «La Crnz de Monte-Arruit», prologado por Antonio de Lezama



Don José Capuz rodeado de los asistentes al banquete que en honor del ilustre escultor celebraron sus amigos y admiradores recientemente en el Ideal Retiro

En el Ideal Retiro se celebró recientemente un banquete con que los amigos y admiradores del ilustre escultor José Capuz han querido obsequiar á éste con motivo de haberle sido concedida una cátedra de Escultura en la Escuela de Artes y Oficios. El acto, celebrado en medio de una extraordinaria animación y de una gran cordialidad, resultó sumamente simpático, y á él asistieron numerosas personalidades de la literatura y del arte. En este homenaje de afecto y admiración hacia esta insigne figura de la escultura española contemporánea, se pusieron una vez más de relieve las entusiastas simpatías y las adhesiones fervorosas que ha sabido conquistar el gran artista.



Don Guillermo Campo-Hermoso, notable pintor cubano, que marcha á Cuba después de una larga estancia en España, pensionado por el Gobierno de su país, y á quien tributaron un homenaje de despedida sus amigos y admiradores

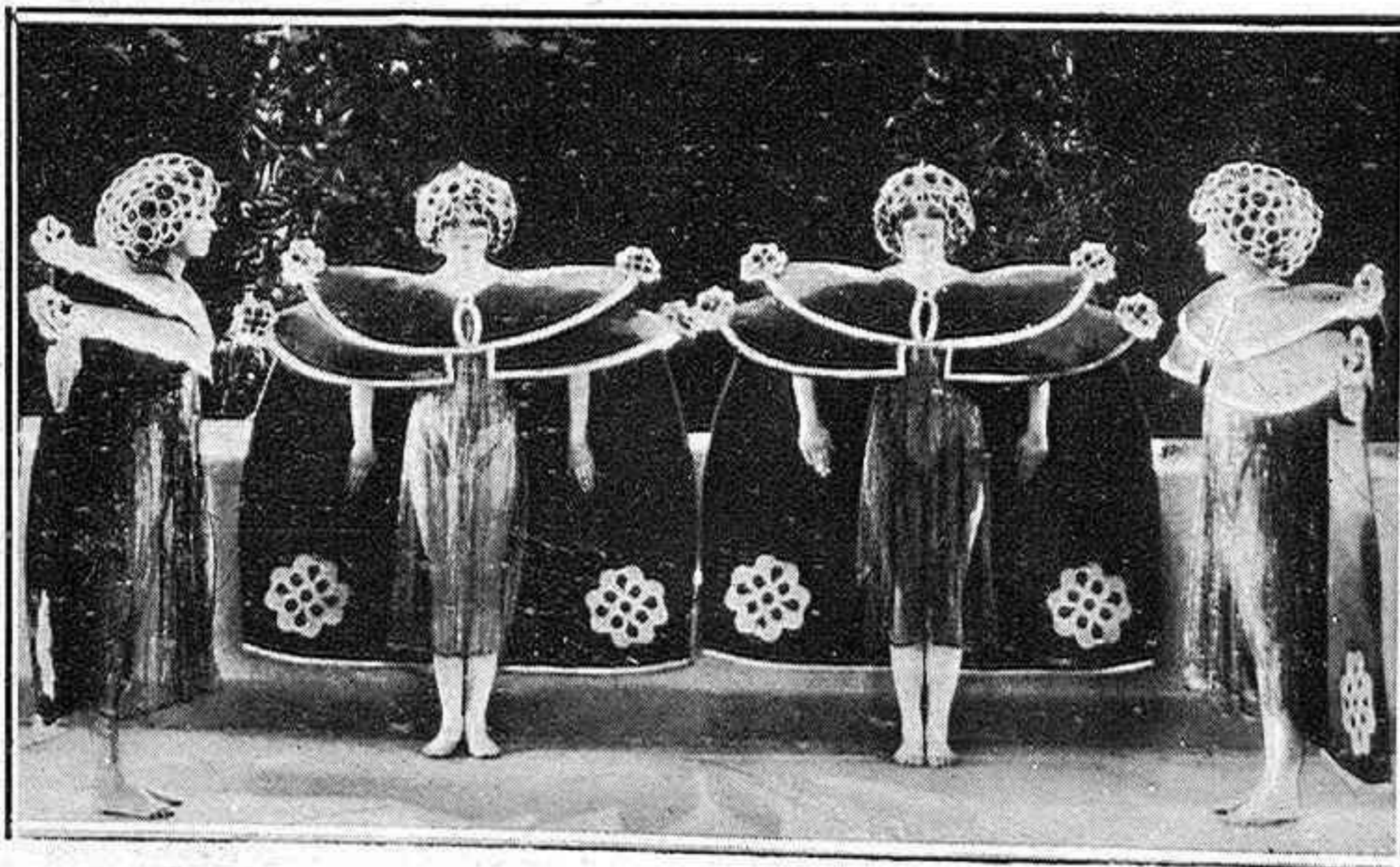


El general Castro G'rona «posando» en el estudio de nuestro querido amigo y colaborador el gran retratista Enrique Ochoa, que está haciendo un admirab'e retrato al bravo militar, por encargo de sus antiguos compañeros del Colegio de Huérfanos de María Cristina, donde cursó sus estudios aquel pundonoroso general

En el Centro de Galicia, de Madrid, se ha consagrado un homenaje de aliento y simpatía á un escritor de la nueva generación, por su primera obra literaria, nacida de un modo recio, afirmativo y entusiasta. Este escritor es Enrique Estévez Ortega, y su libro se titula *El Alma de Galicia*. Con admirable espíritu observador, Estévez Ortega ha ido interrogando á los hombres esclarecidos de su tierra, para contar sus confesiones al público desde las grandes revistas de España y América.



Grupo de asistentes al banquete que se celebró recientemente en honor del joven y notable literato D. Enrique Estévez Ortega, por el éxito obtenido con su libro «El Alma de Galicia», que es una colección de interesantísimas y originales entrevistas con las grandes figuras gallegas del Arte, la Ciencia, la Política y la Literatura contemporáneas



Varias danzarinas eslavas luciendo los pintorescos y suntuosos trajes creados por Mr. Valentino, con que figuran en la nueva película «Salomé», maravillosamente interpretada por la exquisita actriz eslava «Nazimowa»



Un último rasgo del humorismo británico, «El juego del anillo», inventado por los bañistas ingleses, y consistente en enganchar con unas cañas, desde una balsa arrastrada á cierta velocidad, un anillo flotante

FOTS. TRAMPUS

LA MODA FEMENINA



Alroso sombrero en paja rubla, adornado con crespón «georgette»

REFLEXIONES DE UNA MUJER SENTIMENTAL

FUMAR ó no fumar... *That is the question* que hoy por hoy me hace pensar más que ningún otro problema de los muchos que me afectan.

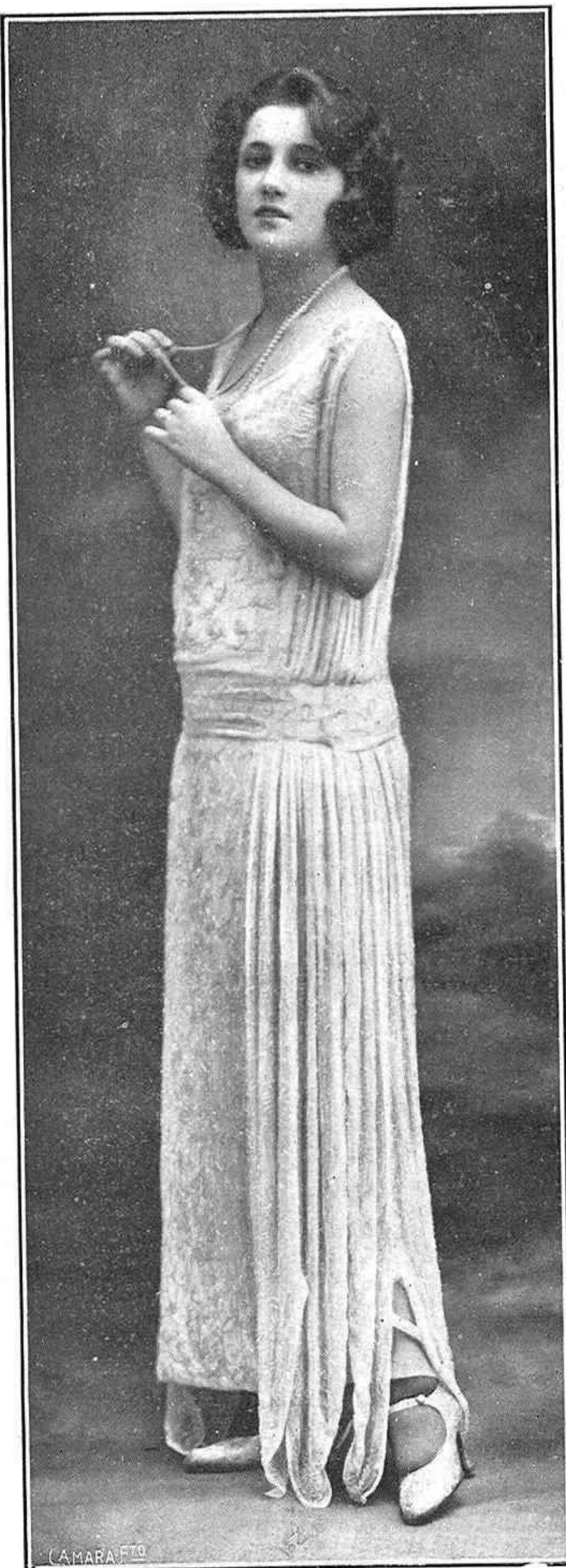
Es increíble la trascendencia que tienen en nuestra vida cosas al parecer tan insignificantes como esta del cigarro.

Cierto que es el acto de fumar consecuente revelación de un estado de ánimo: afán de independencia, contradicción y franca rebeldía; no una espiral de humo más ó menos lo que da importancia á esos rollitos de tabaco dorado, envueltos en papel sutil que dominan con sugestiva fuerza á la mitad del género humano.

Y el caso es que á mí no llegaron aún á cautivar-me por completo. El vicio de fumar se adquiere en tres etapas: la primera, de atracción puramente intelectual; la segunda, en la que conocidos sus encantos y analizados, ni agrada ni desagrada, y la tercera, en que no se puede prescindir de él.

Yo me hallo al presente en el segundo caso. Me sería, pues, facilísimo desasirme de la fatal costumbre, y lo haría, entre otras razones, por economizar, si no temiese dar con ello excesivo gusto á mi nuevo *flirt*, á mi arrogante aristócrata, al remador de helénica belleza.

Ya me habría negado en absoluto si no me distrajesse tanto el verle discutir caloradamente. Mi negativa á dejar de fumar es la única que le incomoda, que estorba la habitual placidez de su carácter. Y... ¡se pone tan guapo cuando se enfada!...



Vestido de «voile» blanca, bordado en perlas de cristal

En lugar de enrojecer, como suelen hacer otros hombres, él palidece, y sus ojos, de ordinario tan azules y cándidos, se tornan muy claros y crueles como hojas de acero candente.

—Bueno. Pero si las inglesas fuman casi todas, ¿por qué le molesta á usted que lo haga yo?— le preguntaba ayer tarde cuando en el fondo de un florido jardín, en el que se celebraba una gran fiesta de caridad, departíamos á solas él y yo.

—Por eso precisamente. Me parece absurdo el que pretenda usted imitar á mis compatriotas.

—También hay muchas españolas que fuman.

—Es lo mismo—repuso—. Usted no debe de aspirar á ser más que lo que por naturaleza es. No un remedo de otras.

Confieso que me halagó el que creyera que, siendo como soy, le resultaba más perfecta.

—Ahora mismo—añadió—ese cigarrillo que tiene usted entre los dedos es un postizo banal y ridículo que resta originalidad á su tipo. Esto— señalando mi traje de «crepé marocain» color de nácar, forma enteriza muy amplia, mangas enormes de hábito y cinturón de piedras iridiscientes ciñendo las caderas—da á usted un aire de mujer de ensueño, que está en contradicción con la expresión picaresca que adopta usted



Elegante sombrero de paja marrón, adornado con una esca rapela de plumones en rosa y negro

para fumar. Y esto—indicando el casquete de lentejuelas color de nácar tamizado por un velo gris-plata que ocultaba mi cabeza y mi frente—no está en armonía con el tuflillo á tabaco egipcio que de usted emana.

Yo le contesté con un mohín de desprecio, y él continuó:

—Todavía por la mañana, cuando sale usted con un trajecillo de *sport*, puede pasar; pero ahora, no; y si en mí estuviese, no fumaría usted.

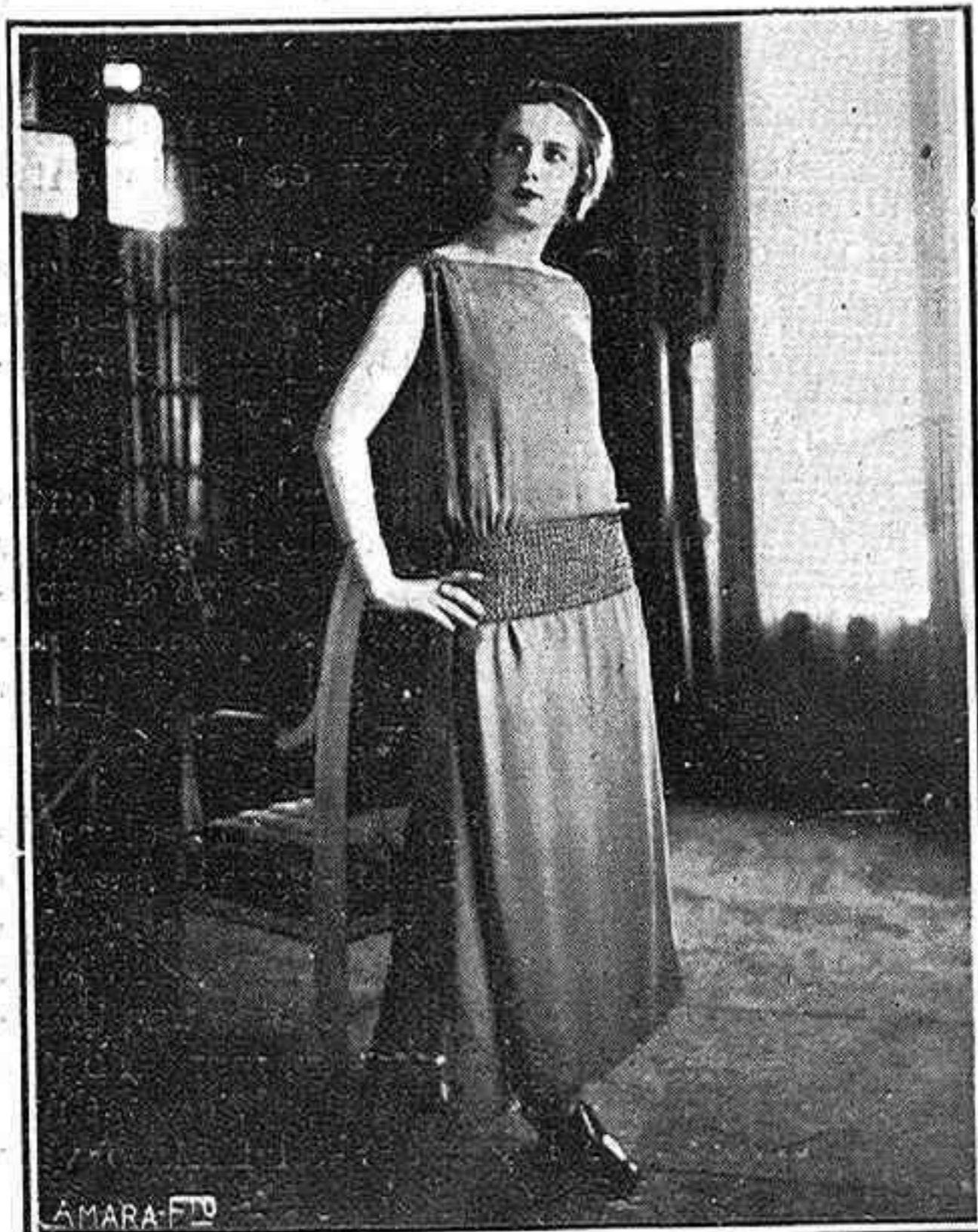
Por toda contestación lancé tres bocanadas de humo al espacio, y él, irritado por mi impertinente desafío, me cogió ambas muñecas y me obligó á soltar el cigarro; y luego, inclinándose respetuoso, se alejó de mi lado.

Pese á mis declaraciones de libertad é independencia, debo de reconocer que en aquel momento estuve más próxima al amor que jamás lo he estado.

¿Después?... ¡Ah! Después, como no he vuelto á verle, no sé qué es lo que ocurrirá allá en las profundidades de mi corazón, si es que poseo tan desconcertante artefacto.

Por lo que pueda suceder, me estoy pertrechando de elementos de combate, de los que el más eficaz será un traje de seda color de limón, de forma enteriza y mangas muy cortas, de las que penden unos *panneaux* que llegan hasta el borde del traje.

El talle, muy bajo, se forma por medio de unos pliegues sobre las caderas. Un sombrero enorme de paja de igual tono que el traje, adornado con una banda de seda, completa el modelo; y... yo no dudo del efecto que le producirá la tonalidad de ámbar que así vestida adquiere mi cutis y el color de mar encalmado que tienen mis pupilas.

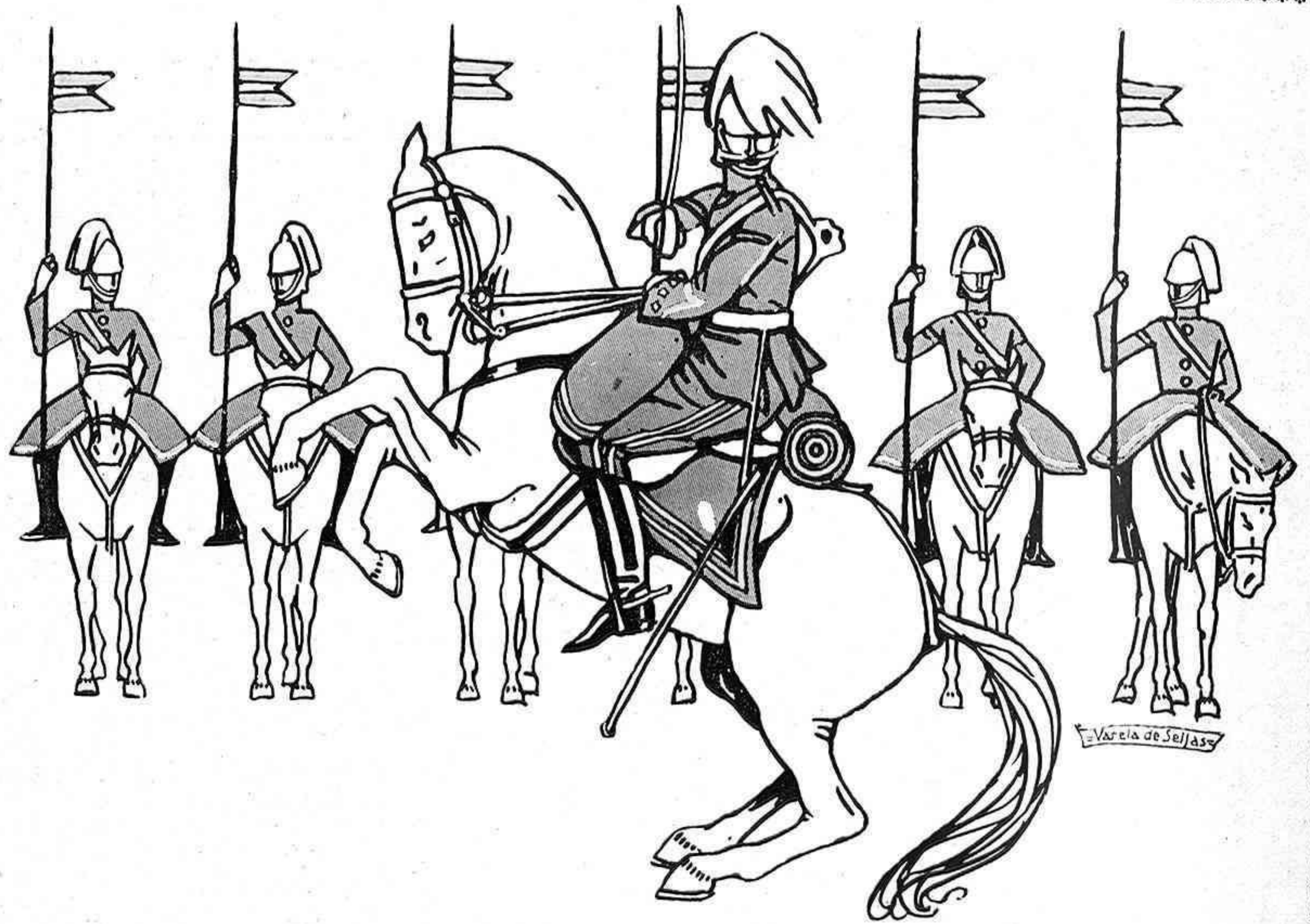


Vestido de crespón marroquí, color marrón, con cinturón bordado en acero



Vestido de crespón marroquí, azul, adornado con un frisu en azul «rey»

La envidia del Regimiento



EN el cuarto de estandartes de cierto Regimiento de Caballería se hallaban aquella tarde reunidos el capitán «de día», los oficiales de semana y el de guardia. Este último era un alférez de la Escala de Reserva, llamado á morir de «alferecía», por la pícara circunstancia de ocupar el último número en el escalafón de los de su clase.

Los bravos hijos de Marte allí congregados, en cumplimiento de sus sagrados deberes castrenses, hablaron de todo lo divino y lo humano. Rindiendo el debido culto al eterno femenino, hicieron sabrosos comentarios de las apetitosas, al par que opulentas plasticidades de la chica del veinte, de la extrema delgadez de la del doce, y dedicaron picarescos chistes á la reconocida prodigalidad amorosa de la del siete...

Luego se consultó el Escalafón del Arma, calculando *grosso modo* cuándo ascendería cada uno de los presentes. Después se habló de los jefes, y, naturalmente, se habló mal, porque decir peses del que manda es el mayor placer que existe, incluso el de la venganza. Con tal motivo salió á escena la gastralgia vitalicia que el coronel contrajo en Filipinas siendo capitán, y se habló también de la costumbre de «correr la espuela» á todo subordinado, con razón ó sin ella. También se murmuró un tanto del teniente coronel, un solterón empedernido y recalcitrante, que, á pesar de asomarse descaradamente á los cincuenta, era enamoradizo como un apoderado de clases pasivas, especie de Cupido al ochenta por ciento con retención.

Y, por último, agotados todos los temas, la conversación derivó hacia el ganado.

—¡Qué caballo tan bonito el del comandante Rebolledo!—dijo el oficial de semana del cuarto escuadrón.

—Es una verdadera alhaja—asintió el capitán «de día». Es un ejemplar de pura raza árabe; pero para caballo, el del padre capellán.

—¡Eso es un caballo!—exclamaron todos, poseídos del mayor entusiasmo.

—Es de lo mejor que yo he visto—añadió el capitán «de día». ¡Cómo bracea! ¡Con qué elegancia trotó!

—¿De dónde habrá sacado tal caballo ese demonio de cura?—preguntó el oficial de guardia.

—Vaya usted á saber—le contestó el del primer escuadrón—. Lo que sí sé es que el coronel, que, como sabemos todos, presume de gran caballista, ha llegado á ofrecerle seis mil pesetas por el caballo; pero el cura le ha contestado negativamente.

—Y el coronel, ¿qué ha dicho?

—El coronel, tomándolo como un acto de insubordinación, montó en cólera y movilizó la fraseología que usa cuando se le recrudece la gastralgia; y el pobre cura, asustado, salió de estampía, tapándose los oídos y haciendo la señal de la Cruz.

—Compadezcamos al padre cura, porque ya sabemos cómo las gasta el coronel, y, además, como buen baturro, es la terquedad hecha carne con tratamiento de Vuestra Señoría, y, además, cuando se le mete una cosa en la cabeza... ¡capicúa!

—La verdad es que el caballo, además de valer las seis mil pesetas, es digno de un coronel con mando.

—Como que el tal caballo es la envidia del Regimiento.

—Pues el caballo del cura—insistió el capitán «de día»—será para el coronel.

—Lo dudo—apuntó uno de los oficiales.

—El tiempo se encargará de confirmar mi afirmación.

—Media docena de botellas de champaña á que no—dijo el oficial del tercer escuadrón.

—Apostadas—afirmó el capitán.

ooo

Era domingo. Era una mañana netamente madrileña y netamente primaveral. La opulenta arboleda, que es gala y orgullo de uno de los más lindos paseos de Europa, lucía el traje abrileño, entre cuyas verdes hojas revoloteaban los ariscos gorriones y alguno que otro ruiseñor, familiarizado con el persistente estruendo de la urbe. El cielo lucía su azul espléndido, y un sol, que no se parecía á ningún otro sol, tibio y acariciador, sumaba al encanto de la mañana el suave tono de sus vivificantes destellos.

Se celebraba una interesante festividad militar; y á presenciarla y á morirse de gusto ante el garbo y la insuperable marcialidad de nuestros soldaditos, tan galantes en la paz cuanto fieros en la guerra, había acudido el buen pueblo, ese pueblo sano que invade las calles y se precipita á los balcones apenas escucha los primeros acordes de una marcha militar.

Al pie de un monumento erigido en memoria de un glorioso estadista español se alzaba un artístico altar, en cuyo fondo, y bajo dosel, fulgía la imagen de la Inmaculada, y adornado con trofeos militares.

A la hora designada ocupaban sus puestos las tropas de la guarnición. Dando frente al altar se situó la Infantería, en columna de secciones; á la derecha, la Caballería, y á la izquierda, la Artillería. El elemento civil ocupaba los andenes del paseo, y las eminencias, inmediatas al lugar de la fiesta.

Al frente del Regimiento de Caballería de que antes nos hemos ocupado se hallaba su bizarro coronel, no sólo orgulloso y satisfecho de ocupar puesto tan preeminente, sino porque montaba el caballo del padre capellán, que había pasado á ser de su propiedad.

La predicción del capitán «de día» se había cumplido. El coronel había satisfecho su antojo. ¿Y cómo no? En la milicia el que es más, puede más, sabe más, manda más, y, además, tiene el mejor caballo.

Al sonar las once, la corneta de órdenes del mando dilató un agudo y prolongado punto de atención. Se hizo el silencio y los soldados quedaron en posición de firmes, tiesos, rígidos, como petrificados. Comenzó la misa, y durante el ofertorio una banda militar situadas en las inmediaciones del ara ejecutó con suma maestría una

fantasía sobre motivos de *La Favorita*. Al llegar el solemne momento de la consagración, vibró de nuevo la corneta del mando, las tropas rindieron sus armas, se abatieron las banderas, y las músicas entonaron los severos acordes de la *Marcha Real*.

Terminada la sublime rememoración del cruento drama del Calvario, las tropas recobraron su primitiva posición, y la música inició los primeros compases de un conocido vals, el famoso *Vals de las olas*, importado á estas latitudes por la banda mejicana que vino á Madrid con motivo de las fiestas del descubrimiento de las Américas, celebradas con relativa pompa.

En aquel momento ocurrió un hecho verdaderamente extraordinario, que produjo estupefacción general por lo raro ó insólito. El caballo del coronel, apenas escuchó los primeros compases de aquella famosa pieza musical, se alzó súbitamente sobre las extremidades abdominales y comenzó á bailar gentilmente, siguiendo el acompasado ritmo de la música. Lo grotesco de la escena, atendiendo á la solemnidad del acto que se celebraba, y algunas impertinentes carcajadas que partieron de los grupos del elemento civil, excitaron de tal modo al coronel, que, rojo de ira y echando llamaradas de fuego por los ojos, clavó despiadadamente las hirientes espuelas en los brillantes ijares del caballo hasta hacer brotar la sangre, al mismo tiempo que soltaba toda la rienda. Pero aquellos enérgicos recursos del jinete resultaron totalmente inútiles: el caballo, sin dolerse al castigo, seguía bailando cada vez con más entusiasmo.

Como la escena se prolongaba demasiado, con mengua de la grandeza del acto y del prestigio del coronel, una voz anónima, al par que salvadora, gritó imperiosamente:

—¡Alto la música!

El director de la banda musical dió un enérgico batutazo sobre su atril; calló la música, y ¡oh, milagro!, en aquel preciso instante el caballo suspendió la danza y tornó á su posición natural.

ooo

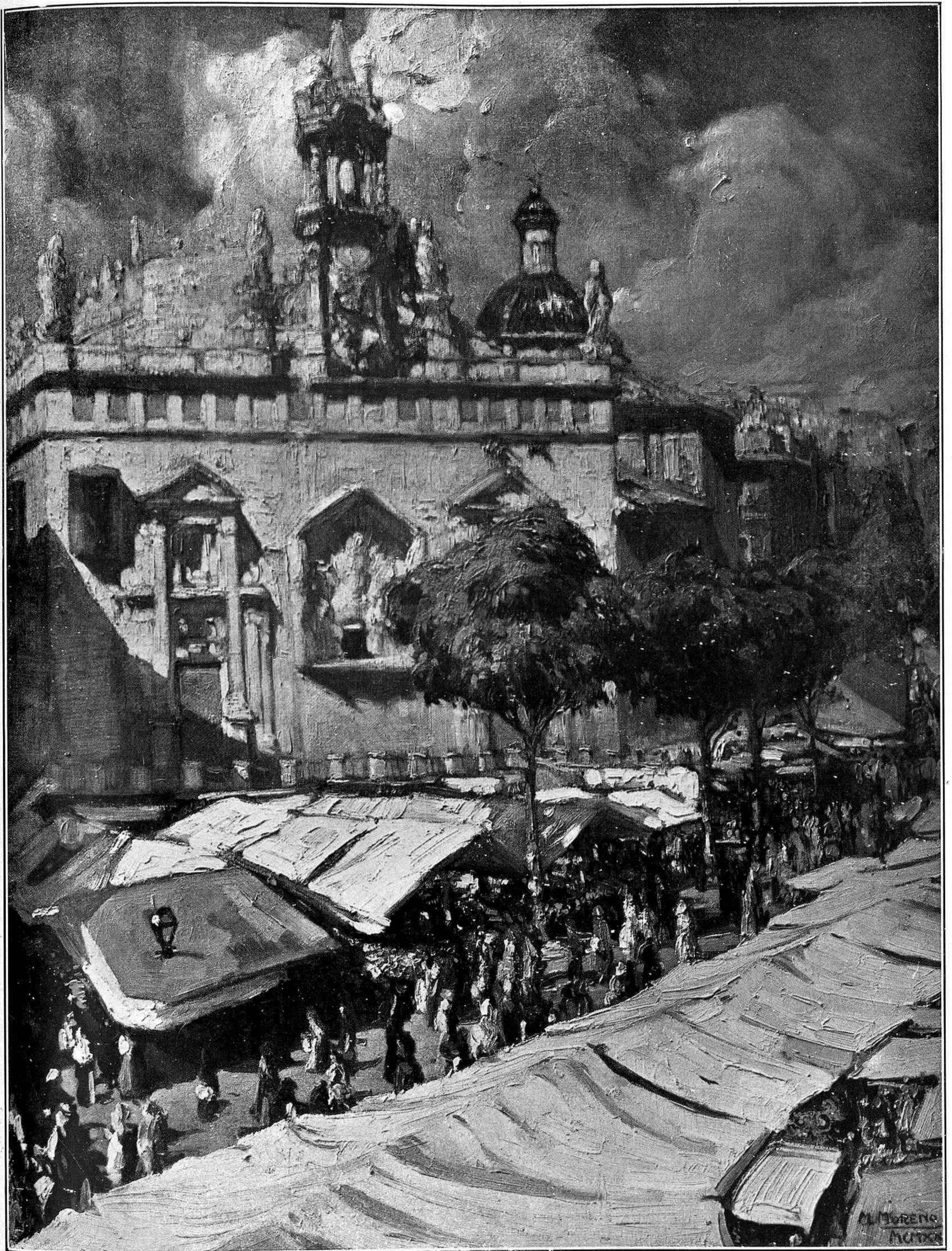
Algunas horas más tarde se puso en claro lo ocurrido, cuyo origen no pudo ser más sencillo é inocente. El caballo del padre capellán, ya de la propiedad del coronel, estaba educado á la alta escuela, y había formado parte de una Compañía ecuestre, y todas las noches, montado por una gentil y sugestiva amazona, «hacia su número» al compás de las notas del famoso vals francés.

MANUEL SORIANO

DIBUJO DE VARELA DE SEIJAS

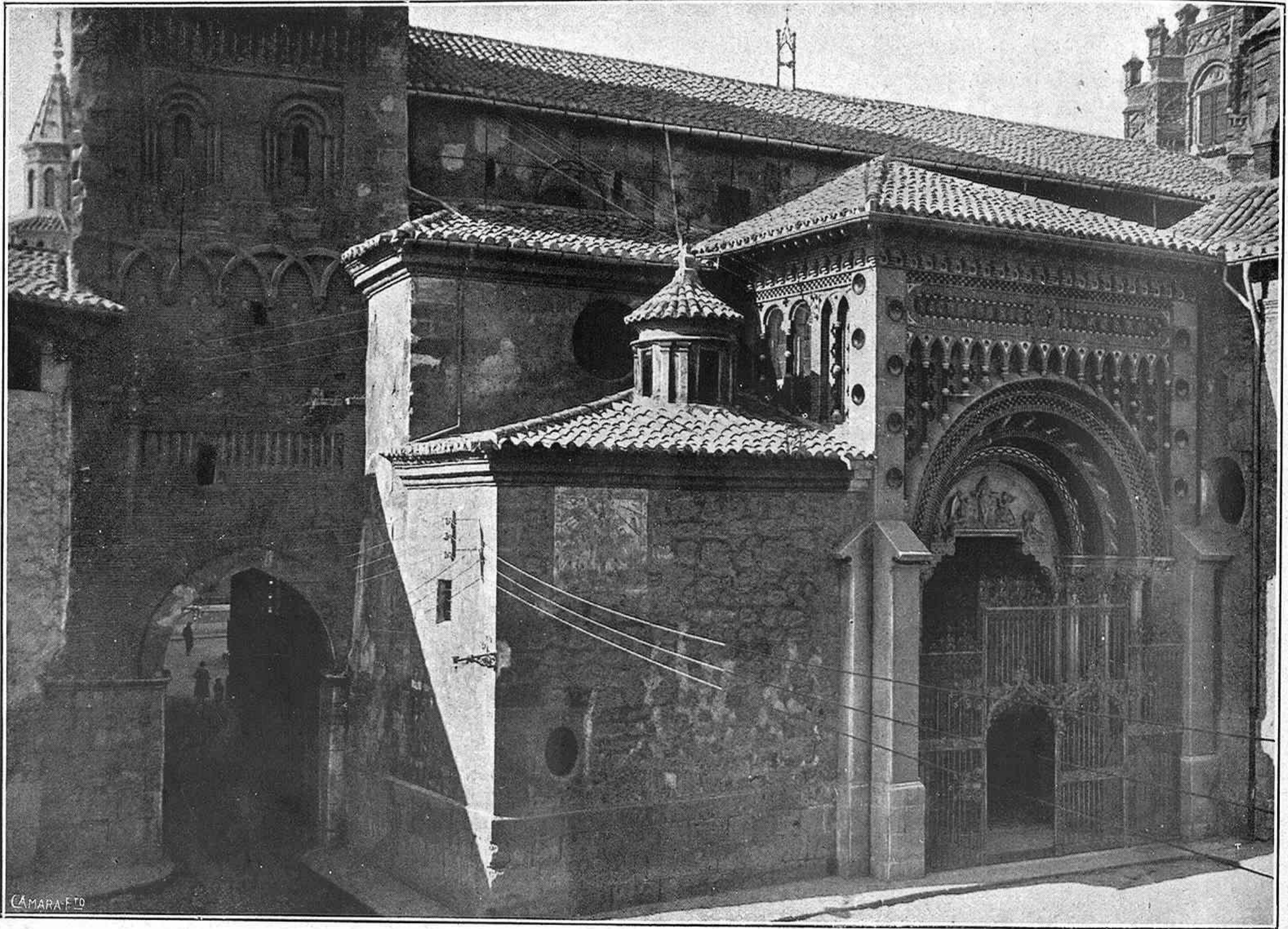
LA ESFERA

LA PINTURA CONTEMPORÁNEA



MERCADO DE VALENCIA, cuadro de Manuel Moreno, que figuró en la Exposición Nacional de Bellas Artes

LA CATEDRAL DE TERUEL



Detalle de la fachada y parte principal de la Catedral de Teruel

Uno de los primeros templos que se fundaron en Teruel es el de Santa María de Mediavilla (convertido hoy en Catedral), y que se llamó de tal modo por estar situado en el centro de la ciudad. Construido en la segunda mitad del siglo XIII, tuvo entonces la forma de cruz latina. Imperaba en ella el estilo ojival primitivo, con reminiscencias del arte bizantino é influjos del árabe en algunos detalles.

De este modo continuó hasta 1423, en que fué erigida en Colegiata, haciéndose entonces diversas obras, como la reconstrucción del actual cimborrio y el primoroso labrado de la verja del coro. En la primera mitad del siglo XVI, el mazonero Gabriel Francés, ó Joli, según otros, fabricó el retablo del altar mayor, que es la mejor presea artística del templo.

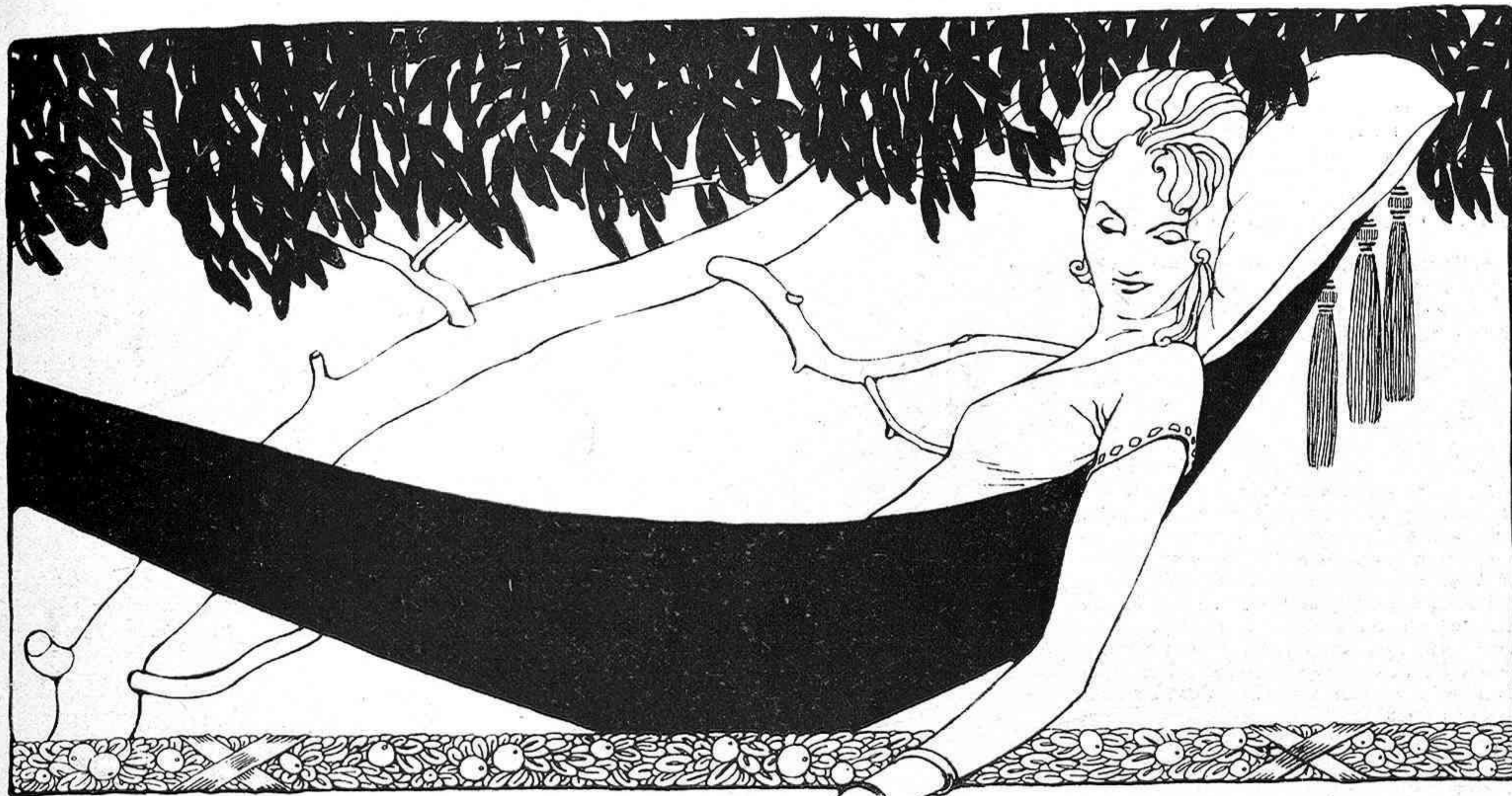
La Colegiata fué convertida en Catedral en 1577, y entonces y á comienzos de la siguiente centuria, se llevaron á cabo las obras que transformaron de un modo total la primitiva iglesia. Posteriormente ha sufrido también diversas restauraciones, y hoy quedan muy pocos restos de lo que primitivamente fué el templo. Se compone la construcción actual de tres naves, sin fisonomía arquitectónica.

Entre lo más notable en mérito artístico é histórico que ofrece la Catedral turolense, figura el ya mencionado retablo, que sirve de altar mayor, y en cuyos diferentes tableros se representan Misterios gozosos y gloriosos, resaltando, en la parte central, el de la Asun-

Vista general de la Catedral de Teruel
FOTS. WUNDERLIK

ción de Nuestra Señora. Son igualmente dignos de mención el altar de la capilla de la Coronación de la Virgen; el retablo gótico de las Once Mil Vírgenes; la verja gótica del coro, y la capilla de los Reyes, que guarda las reliquias de los santos mártires León, Eugenio, Jacinto y Alejandro, y las de las santas Jerónima, Escolástica y Margarita, en dos altares colaterales, destacándose en el del centro una buena copia, hecha por Francisco Jiménez de Tarazona, de *La Adoración de los Reyes*, de Rubens. Se guarda también en la Catedral una bellísima Custodia, construída, á expensas del arzobispo Francisco Pérez de Prado, por Bernabé García de los Reyes, en el siglo XVII; todo, excepto el viril, es de plata y mide 2.86 metros de elevación, habiendo costado 82.500 pesetas. Esto es, trazado á grandes rasgos, lo que de mayor valor histórico y artístico se encuentra en la Catedral de la ciudad aragonesa, que hoy, más que por sus riquezas arquitectónicas, es conocida por la bella y romántica tradición de sus amantes.

En la Catedral de Teruel se encuentra una prueba más de lo que es la incalculable riqueza arquitectónica guardada en nuestros templos. No sólo en ellos están magníficamente representadas las artes mayores (en las iglesias españolas hay prodigios de arquitectura, escultura y pintura), sino que también las artes industriales, como la orfebrería, la rejería, todas estas muestras de paciencia y de habilidad artísticas están primorosamente representadas también en nuestros templos.



MECERSE EN UNA HAMACA
cuando se siente calor y cansancio,
no es tan agradable y eficaz como lavarse con

JABÓN HENO DE PRAVIA

1,50 LA PASTILLA. PERFUMERÍA GAL. MADRID



B

su existencia en una tierra donde á nadie le preguntan su pasado. Mientras los parroquianos no se escapasen sin pagar, el Gallego estaba dispuesto á reconocerles una historia maravillosa, viendo en todos ellos á un hijo ó sobrino de emperador, descontento de su origen y ganoso de cambiar de postura.

Otros tertulianos, los de aspecto más acomodado, se ocupaban del porvenir de este pueblo naciente. La suerte de él iba unida á la de González. Ahora estaba con el peludo pecho al aire, despeinado, sucio de polvo, y unos redondeles elásticos sujetaban las mangas de su camisa para dejar más libres las manos. Su camarero ofrecía mejor aspecto; pero él guardaba ahorrados algunos miles de pesos en el Banco Español de Bahía Blanca, y además era dueño de mil hectáreas de tierra, cerca del pueblo. Lo único que le traía disgustado era la mala educación y la ignorancia de su clientela, que se empeñaba en llamar á su establecimiento «Boliche», como en los primeros días de su fundación, sin querer reconocer los engrandecimientos importantes realizados por su dueño, ni el rótulo de «Almacén» que figuraba sobre la puerta.

Pero... ¿qué valía su prosperidad actual comparada con los millones de pesos que iban á caer en sus manos el día que la Presa, que era un simple campamento de trabajadores en la actualidad, se convirtiese en una población importante, y su almacén en un establecimiento rico como los de Buenos Aires, y las tierras polvorientas que él había adquirido en un sinnúmero de «chacras», por las que le pagarían importantes arrendamientos colonos españoles é italianos?... Podría volver entonces á su patria para instalarse en Madrid, circulando por sus calles y paseos en el automóvil más lujoso y más grande que pudiera encontrar; y las gentes de su pueblo natal, agradecidas á sus donativos, tal vez lo hiciesen diputado ó senador; y un ministro lo presentaría al Rey de España, cuyo retrato en colores estaba clavado sobre un tabique de madera, debajo de un cocodrilo... ¿Quién sabe si hasta lo harían vizconde ó marqués, como otros tantos «bolicheros» enriquecidos en América!...

Luego, cortaba el curso de sus ambiciosos pensamientos para volver á la áspera realidad en que aún vivía. Con otros parroquianos interesados en el regadío de esta tierra, iba describiendo su aspecto presente, para hacer más violento el contraste con su futura prosperidad.

—¿Qué hay aquí ahora, aparte de las personas que vivimos en la Presa?... Avestruces y pumas nada más.

Sus oyentes sonreían al acordarse de las bandas de avestruces que bajaban de la altiplanicie á la cuenca del río, atraídos, sin duda, por la novedad de los trabajos que iban realizando los hombres junto al agua. La señorita de la estancia de Rojas se divertía acosando á estos rebaños zancudos, que escapaban, abriendo el compás de sus rudas patas, y eran alcanzados algunas veces por el lazo de la amazona.

El puma, con el empujón del hambre, también descendía en invierno de las alturas para rondar en torno á los ranchos y casitas de la Presa.

Al ser mencionado el puma, algunos volvían á sonreír, torciendo sus ojos hacia Friterini. Un amanecer, al salir el camarero al corral del boliche, había visto saltar del fondo de un tonel vacío á una especie de tigre con la piel á redondeles y del tamaño de un perro. Era un puma que se había encogido para dormir en este refugio, dando una sorpresa formidable al nostálgico evocador de las serenatas de Brescia.

—Cuando tengamos agua y las tierras se rieguen—continuaba González—vivirán aquí miles y miles de familias.

El y sus rústicos parroquianos tomaban espontáneamente una entonación casi lírica al hablar de los prodigios del agua. Más allá de la Presa estaba Fuerte Sarmiento, adonde iban todos para tomar el tren. Este pueblo se había formado junto á un fortín, en la época de la expulsión de los indios. El ejército de ocupación pudo abrir fácilmente un pequeño canal, aprovechando el declive del río; y este curso líquido hacía del pueblo un oasis prodigioso en medio de las secas tierras colindantes. Alamos enormes formaban murallas defensivas de las huertas. La viña, toda clase de hortalizas y de árboles frutales crecían con la prodigalidad de una tierra vigorosa que empieza á procrear después de miles y miles de años de inacción. Su riqueza aún resultaba más sorprendente por contraste con el desierto que se extendía más allá de los tentáculos de sus últimas acequias.

Pero los tertulianos admiraban más otro oasis, á varias leguas de distancia, aguas abajo, en un lugar donde el río, por tener un desnivel natural, podía ser sangrado para el riego.

Un vasco había abierto fácilmente canales, regando leguas y leguas plantadas de alfalfa. Las excelencias de este pasto eran un motivo de admiración en el boliche. Todos adoraban, con el fervor

del creyente, los milagros de la alfalfa regada. En el territorio de Río Negro esta planta de origen asiático sólo necesitaba ser sembrada una vez. Los alfalfares, cuando tenían agua, resultaban perpetuos. En Fuerte Sarmiento los había que databan de poco después de la expulsión de los indios, y con treinta y tantos años de existencia estaban mejor que el día en que los sembraron. Según los cortaban eran más fuertes y lozanos.

—Si el hombre pudiese comer alfalfa—declaraba sentenciosamente el Gallego—quedaría resuelto para siempre el problema social, al haber en el mundo comida de sobra para todos.

Por desgracia, sólo los animales podían asimilarse este alimento maravilloso. Las ovejas que el vasco apacentaba en sus alfalfares eran como bestias de otro planeta donde una alimentación maravillosa diese á los seres proporciones exageradas.

—Parecen animales vistos con anteojos de aumento—decía el bolichero.

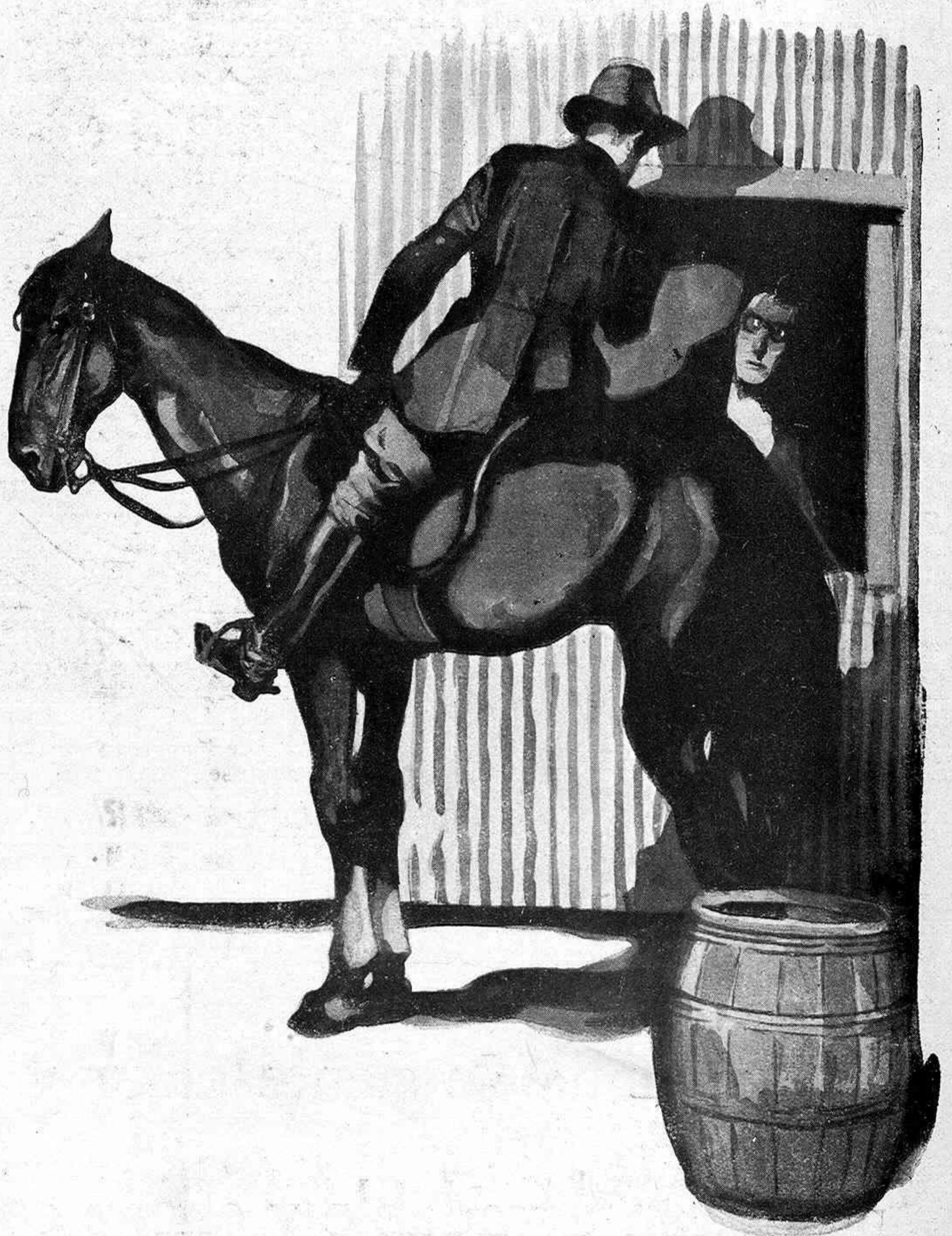
Su rico compatriota el vasco, orgulloso de sus prados infinitos y de sus ovejas, enormes como mastines, se complacía en decir á algún vagabundo que pasaba junto á su propiedad:

—Si llegas á cargarte esa oveja, te la regalo.

Y el hombre, por más esfuerzos que hacía, no lograba echarse á la espalda el pesado animal. Cuando recibía á algún huésped, lo obsequiaba con un pavo puesto en el asador. Y el invitado se confundía al verlo aparecer sobre la mesa, creyendo que esta ave, engordada con alfalfa, era un corderillo asado.

La abundancia que rodeaba al tal español le permitía ser tolerante con la miseria ajena y perdonar el robo. No podía transigir con Manos Duras y otros aficionados al cuatrismo, porque se llevaban los animales enteros.

—Que me roben toda la carne que quieran—de-



—; yo he sido pobre y sé lo que es el hambre. Pero á lo menos, ¡pucha!, que me dejen los cueros.

Más de una vez, al recorrer á caballo su enorme propiedad, prorrumpía en maldiciones viendo junto á un canal las entrañas y otros restos de una oveja. Pero algunos pasos más allá encontraba la piel todavía fresca puesta sobre una alambrada, y esto le hacía sonreír.

—Así me gusta; que haya decencia y sólo se lleven lo que sirve para matar el hambre.

El dueño del boliche soñaba con alcanzar algún día la riqueza de su compatriota, poseyendo inmensos alfalfares. Y hablando de este pasto con otros que eran dueños igualmente de tierras yermas y esperaban el momento del riego, no sentían el paso de las horas nocturnas, experimentando las mismas emociones de los niños mientras escuchan en la velada el relato de un cuento prodigioso.

—¿Cuándo llegará el día que veamos la tierra de nuestros campos roja y cubierta de agua, como si fuésemos á hacer ladrillos con ella!...

Quedaban como extáticos al pensar en esto. Después miraban el reloj. Era tarde, y había que ir á la cama para levantarse con el alba. Todos al abandonar el boliche volvían sus ojos instintivamente hacia el río oscuro que se deslizaba sordamente durante miles y miles de años entre tierras yermas, negándolas su caricia gestadora de tantas maravillas.

Mientras llegaba la hora de ser millonario, gracias á la irrigación, una de las mejores ganancias del dueño del boliche consistía en organizar los domingos corridas de caballos. Para esto necesitaba el permiso de don Roque, y no le era fácil conseguirlo.

El comisario tenía miedo á sus superiores. El Go-

(Continuará en el próximo número)



Salón de Fiestas Clase de Lujo
 S/S "GIVLIO CESARE"
 27.000 TONELADAS—4 HÉLICES
 N. G. I. GÉNOVA

Para toda clase de informes y demanda
 de plazas, dirigirse á

ITALIA-AMERICA

BARCELONA: Rambla Sta. Mónica, 1 y 3
 MADRID: Calle Alcalá, 47
 SAN SEBASTIAN: Calle Elcano, 6

PRÓXIMAS SALIDAS

Para NEW-YORK

de GENOVA el

11 AGOSTO
 19 SEPTIEMBRE

Para SUDAMERICA

de BARCELONA el

26 OCTUBRE
 8 DICIEMBRE

LEED

Hombre de amor Y Un hombre extraño

Dos volúmenes de 350 páginas cada uno,
 que contienen la emocionante vida dolo-
 rosa de un galán afortunado, escrita por
 el amenísimo novelista

El Caballero Audaz

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

PEDIDOS:

Editorial "Mundo Latino".—Apartado 502, Madrid

La Dirección de la Compañía de los Ferrocarriles del Norte acaba de publi-
 car la Guía descriptiva de sus líneas, con los horarios y tarifas que han de regir
 en el presente verano.

La Guía descriptiva de los Caminos de Hierro del Norte aparece en esta
 nueva edición profusamente ilustrada, con fotograbados de los monumentos
 arquitectónicos é históricos de las poblaciones servidas por su vasta red. Con-
 tiene datos relativos á la celebración de ferias, indicaciones de los balnearios
 enclavados en sus líneas, y en suma cuantos detalles son necesarios y útiles
 á los viajeros.

La Guía descriptiva de la Compañía de los Caminos de Hierro del Norte
 está de venta en su despacho Central, en todas las librerías de España y en las
 Bibliotecas que la Sociedad General Española de Librería tiene establecidas
 en los andenes de las estaciones.

BALNEARIO DE LIÉRGANES (Santander)

Estas aguas son el único tratamiento eficaz para los catárros de la nariz, bronquios,
 pulmón y en la predisposición á ellos, así como en los cólicos nefríticos y arenillas.

EL 98

por

Luis Antón del Olmet

(Dibujos de Ricardo Marín)

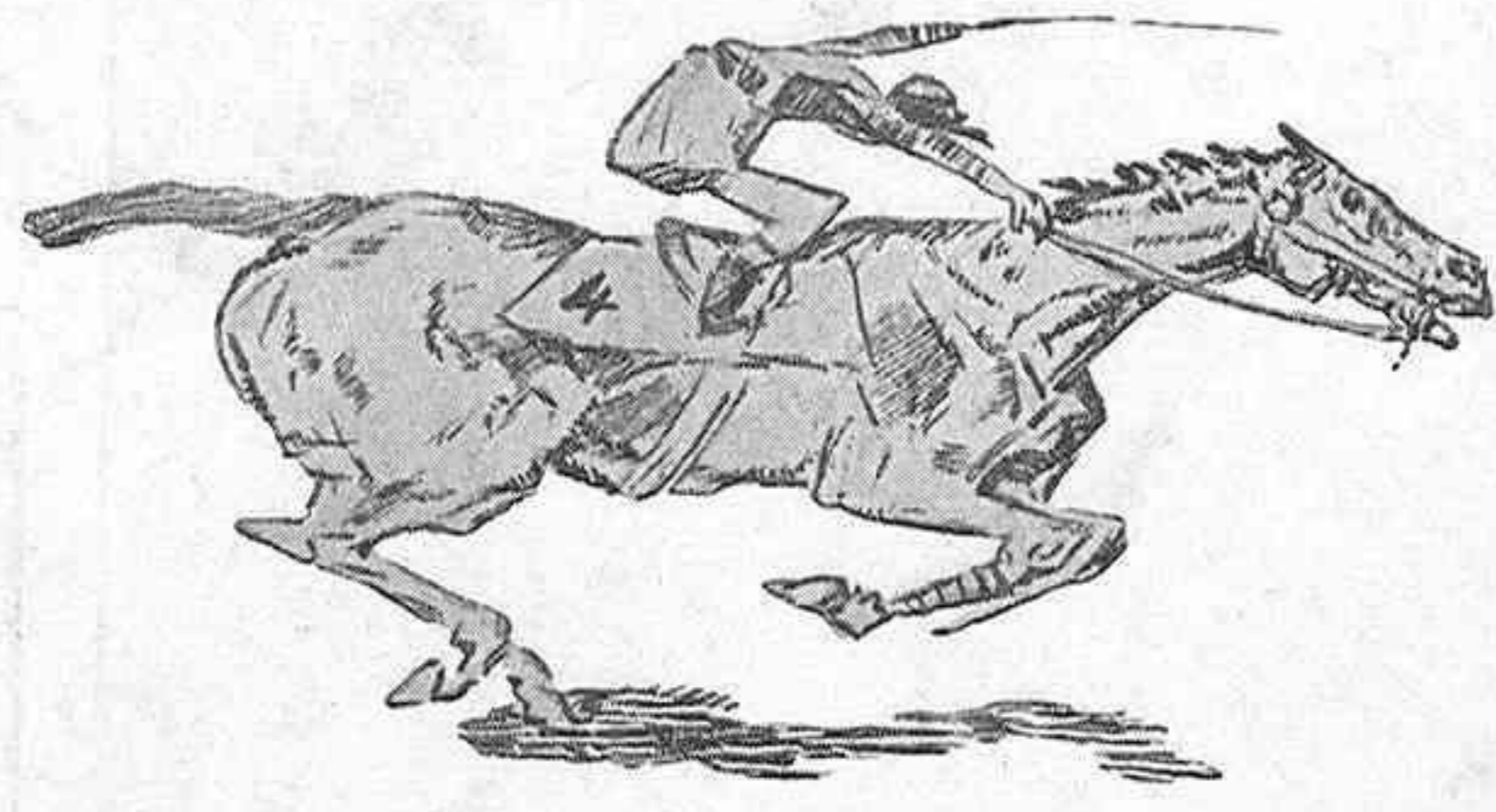
es el título del número
 EXTRAORDINARIO que

LA NOVELA SEMANAL

publica hoy sábado

50 céntimos ejemplar en toda España

En la República Argentina
 LA NOVELA SEMANAL
 se vende con el título de
 LA NOVELA ESPAÑOLA
 Está de venta en todos los
 puestos de periódicos y en casa
 de los Agentes de Prensa Grá-
 fica en la República Argentina
 Sres. Ortigosa y Compañía,
 Rivadavia, 698, Buenos Aires



SAN SEBASTIÁN

Grandes Carreras de Caballos

organizadas por el

«Jockey-Club de San Sebastián»

Bajo el Patronato de S. M. el Rey Don Alfonso XIII

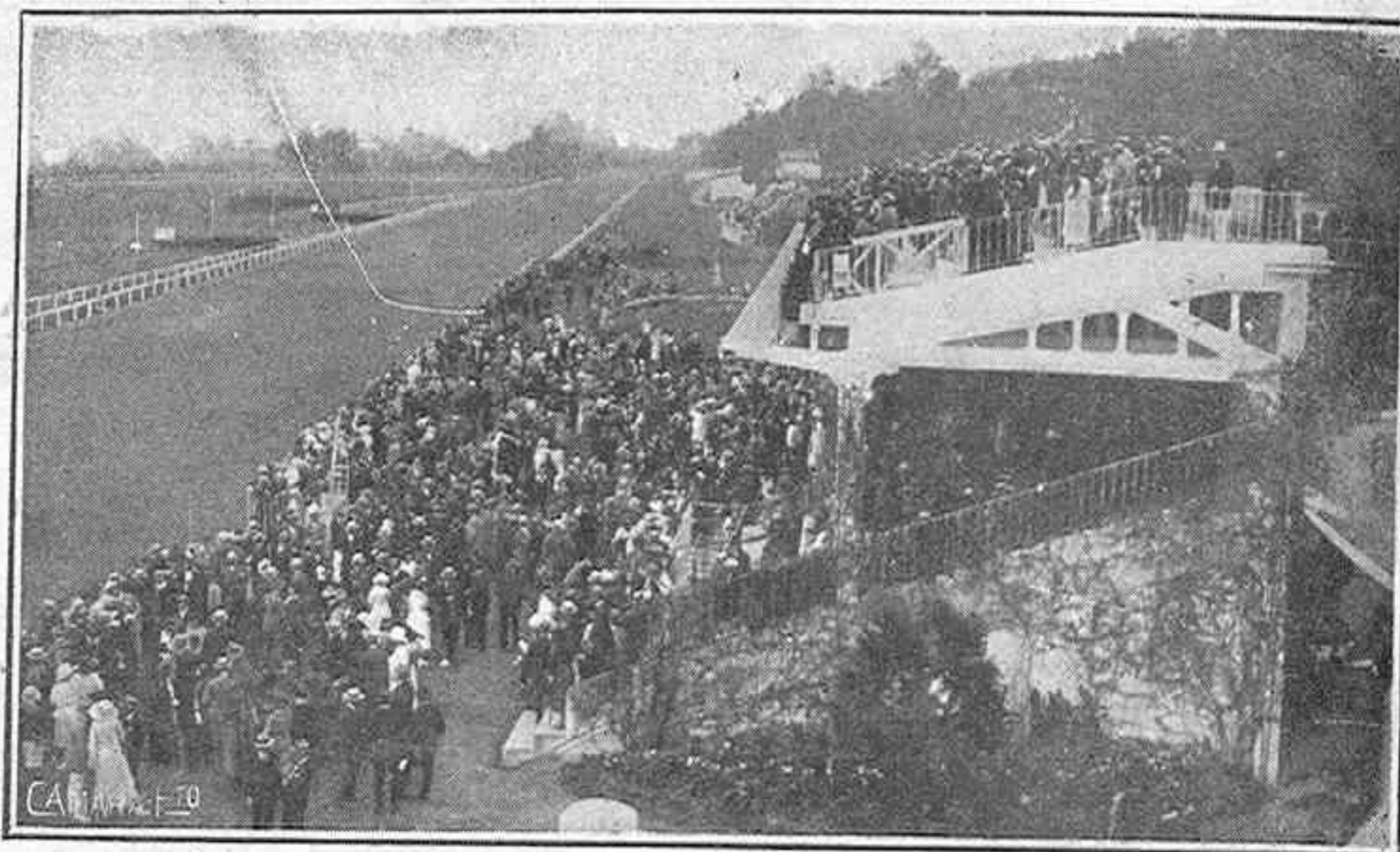
27 Reuniones.—Del 9 de Julio al 1.º de Octubre
1.500.000 pesetas de premios

El Domingo 10 de Septiembre

Gran Premio de S. M. el Rey Don Alfonso XIII

550.000 pesetas

EL PREMIO MAS IMPORTANTE CONOCIDO HASTA HOY



No es ex raño, niña,
 sea: hermo a:
 usa: PECA-CURA
 es la gran cosa.

Jabón, 1,50. — Crema, 2,70. — Polvos, 2,70. —
 Agua cutánea, 5,50. — Agua de Colonia, 3,70.
 6, 10 y 16 pesetas, según frasco. — Lociones
 para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 ptas., según frasco.

ÚLTIMAS CREACIONES

Productos Serie «Ilsal»:
 ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JERU-
 CO, ADMIRABLE, MAFINAL, C.H.P.R.E.,
 KOCIO FLOX, ROSA, VERIBO, CLAVEL,
 MUGUET, VIOLETA, JAZMIN

Jabón, 3.—Polvos, 4.—Loción, 4,50, 6,50 y 20.
 Esencia para el pañuelo 18 pesetas frasco con
 estuche.

Cortés Hermanos, SARRIÁ (BARCELONA).

SE VENDEN

los clichés usados en esta revista.
 :-: Dirigirse a Hermosilla, 57 :-:

TAPAS

para la encuadernación de

La Esfera

confeccionadas con gran lujo
 Se han puesto á la venta las
 correspondientes al primer
 semestre de 1922

De venta en la Administración de
 Prensa Gráfica (S. A.), Her mosilla 57,
 al precio de **7 ptas.** cada semestre

Para envíos á provincias añádanse 0,15 para frascos y cartón



Anusol Goedecke
 hace ya más de 20 años que está
 acreditado y recetado por los médicos. Anusol
 Goedecke calma pronto los dolores, produce una
 evacuación agradable y cura por completo. No
 contiene componente nocivo alguno. A cada caja
 acompañan instrucciones exactas para su uso. Pídase
 en farmacias el único y legítimo Anusol Goedecke
 y rechácese toda imitación ilegal de nuestra marca.
 El nombre "Goedecke" garantiza la legitimidad
 y eficacia completa del producto.

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.



GRANÚLOS CHANTEAUD

54, Rue des Francs-Bourgeois, PARIS

Contra el
MAREO
 como preventivo
 y curativo.